

**JOSE
LUIS
SAEZ**

**PLAN DU
CAP FRANCOIS**

Et de ses Environs

Echelle de 400 toises

100 200 300 400

**UN MARTIR
BROTO
EN EL CABO**

**SANTO DOMINGO
1978**

VILLE DU CAP FRANCOIS a la coste Septentrionale de Saint Domingue

10 Sanlin de M...	11 Charite	16 la petite batterie	25 Embouchure de la Riviere du haut du Cap
11 Habitation	12 la Poste	17 Logement de l'Aide Major	
12 la Poste	13 la Poste	18 Boulangerie	
13 la Poste	14 la Poste	19 Cantine	
14 la Poste	15 la Poste	20 Poudriere	

Nota que chaque Carre de Maisons est de 20 Toises ce qui peut servir d'echelle pour ce plan; un Carre est ordinairement occupé par quatre habitans



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

UN MARTIR BROTO EN EL CABO



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

JOSE LUIS SAEZ

UN MARTIR

BROTO EN EL CABO

**APUNTES
PARA UNA BIOGRAFIA DE
JACQUES JULES BONNAUD
1740 - 1792**

**SANTO DOMINGO
1978**





© José Luis Sáez

Composición y diagramación:
SEP-COM
(Servicios Profesionales para la Comunicación)
Apartado 841
Santo Domingo.

Impresión:
Amigo del Hogar
Santo Domingo.

Edición y diseño:
Alberto Villaverde.

IMPRESO EN REPUBLICA DOMINICANA



**“Te rogamos, Señor,
que amemos siempre con piedad filial
a tu Iglesia,
por la defensa de cuyos derechos
tus beatos mártires Jacobo
y compañeros,
confortados por el espíritu
de fortaleza,
combatieron hasta la muerte”.**

**Oración de la misa del
Beato Jacques Bonnaud y
compañeros mártires.**



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



INDICE

Presentación,	11
Prólogo por Mons. Hugo E. Polanco Brito,	15
Un Beato Jesuíta,	27
El “París de las Antillas”,	33
Del Guarico a Lyon,	43
La antesala de la Revolución,	51
Martirio y Gloria de un “dominicano” ausente,	61
Cronología de la vida de Jacques Bonnaud,	69
Apéndice I: Decreto de beatificación,	75
Apéndice II: Carta al Presbítero de Salamon,	93



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



PRESENTACION

En poco más de un año, la Compañía de Jesús ha visto desaparecer de sus filas a cinco miembros en lugares tan distantes como Rhodesia y El Salvador.

Como en otras ocasiones lo harían, en los 439 años de existencia de la orden, los Jesuítas han confesado su convicción de que la sangre de un mártir es semilla de nuevos cristianos. El ejemplo de Rutilio Grande (El Salvador), Joao Bosco Pernido Burnier (Brasil), Martin Thomas, Christopher Shepherd-Smith y John Conway (Rhodesia), fortalecerá el compromiso de todos con la Justicia y la Fe en un mundo que no se resigna a ver frustrados sus anhelos de Paz.

Hace ya 238 años, en la antigua Ciudad del Cabo, en esta isla pequeña y fraccionada, brotó también una semilla que daría sus frutos lejos de esta tierra. Se llamaba Jacques-Jules Bonnaud, y un domingo de Septiembre de 1792 selló con su sangre una vida de servicio a la Iglesia, como lo han hecho tantos otros.

Al cumplir la Compañía de Jesús 328 años de su primera

llega a Santo Domingo, y 42 años de su segunda llega, los jesuitas de las Antillas quieren rendir tributo a la primera vocación de esta isla que mereció el honor de los altares.



8 DIALOGORUM FAMILIARIUM.

DIALOGUS DECIMUS-QUARTUS.

*Hoedings' tot de maalt-
tyt*

*Invitatio ad convi-
vium.*

*Maniere d'inviter à
un festin.*

Felix, Natalis, Martialis.
Fel. *U* *We wederkom-
ste in's vader-
landt is ons seer aange-
naem. Natalis*

Felix, Natalis, Martialis.
Fel. *G* *Ratillum tuum
est in patriam
reditus, Natalis.*

Felix, Noel, Martial.
Fel. *J* *E suis bien aise a
Noel, de vous voir
de retour en ce pays.*

*Ich begeere seer dat gy
my nuwen weg voorhaalt :
daerom woede ik u mor-
gen tot 's avontmael.*

*Iter tuum enarrarimi-
hi vehementer cupio :
proinde in crastinum te
ad cenam voco.*

*Je voudrais bien appren-
dre quelque particularitez
de votre voyage : Et pour
cela je vous invite pour des-
main a souper.*

*Mart. Gy noodt al te
spary : ick hebbe Natalem
gevraegt , dat hy mor-
gen noon soude by my ko-
men een tot s'en avont toe*

*Mart. Serius invitatus :
ego Natalem rogavi, etiam
ut mecum pranderet usque
in vesperam.*

*Mart. Vous vous y prenez
trop tard : car j'ay deira pria
Noel de venir demain chez
moy pour y demeurer jus-
qu'au soir.*

*Nat. Ich vreesse dat ick
aen geen van beyde en sal
h' nuen voldoen.*

*Nat. Vereor ut alter-
utri possim hac in re mo-
tum gerere.*

*Noel. J'apprehende b'ien
de ne pouvoir contenter ny
l'un ny l'autre.*

V'el. Waerom ?

Fel. Quil cause ?

Fel. Pourquoi cela ?

*Nat. Ich hebbe my tot het
noen-mael toegeleyt by
my, der huys-vrouwen
vaer : nog s'avonts en
mag ick niet buysen, maer
s'huys met de huysgeno-
ten esen.*

*Nat. In plandium con-
dixi apud focerum meum
velipen aurem non totus,
sed domi mihi cum fa-
miliaribus cenandum est.*

*Noel. J'ay promis d'aller
diner chez mon beaupeere.
Et pour le soir je ne puis sou-
per hors du logis, mais si
saut que j'y demeure avec
mes domestiques.*

*Mart. Gyzy alle daegen
met a'te van u huysgejn.*

*Mart. Quotidie versan-
tis cum familiaribus.*

*Mart. Vous êtes tous les
jours avec eux.*

*Nat. Ich bid-leu-lieden,
en praemt niet voorder ;
ick en mag morgen buy-
sen niet wesen.*

*Nat. Ne pinguete, a-
mabo vos : etiam mihi lo-
tus esse non licet.*

*Noel. Ne me pressez pas,
je vous prie. Je ne puis être
demain dehors.*

*Fel. It's dat gy morgen
nergens buysen dont gaen,
soo begeer ick dat gy op S.
Marticus avonds by my
zyt.*

*Fel. Si etiam tibi quo-
quam ne fors non inli-
berum, certe Divi Mar-
tini profecta luce apud
me sis volo.*

*Fel. Si vous ne pouvez
demain aller nulle part, je
vous prie au moins de nous
venir voir la veille de saint
Martin.*

*Nat. Ich en souf s'en niet
derooven beloven.*

*Nat. Non ausim pol-
liceri.*

*Noel. Je n'ose pas vous
le promettre.*

Mart. It'aerom niet ?

Mart. Cur non ?

Mart. Pourquoi non ?

Nat. Nam





**Una página del “Dialogi Familiares”,
de Antonio Van Torre, S.J.,
editado en Antwerp en 1740,
y usado en los colegios de la
Compañía de Jesús en Europa, para
el aprendizaje del latín.
Las columnas están respectivamente
en flamenco, latín y francés.**



PROLOGO

NOTAS PARA UN ESTUDIO DE LA SANTIDAD EN SANTO DOMINGO

El R. P. José Luis Sáez me ha pedido que escriba unas líneas introductorias a este folleto sobre la vida del Padre Jacques Jules Bonnaud, S.J., primera persona beatificada nacida en esta isla de Santo Domingo, en la hoy Ciudad de Cabo Haitiano, Haití.

La Bula de Beatificación afirma que “nació en la Arquidiócesis de Santo Domingo”; pero no sé en qué razón se fundamenta esta aseveración.

La jurisdicción eclesiástica del Arzobispado de Santo Domingo quedó sin efecto sobre la parte francesa desde el momento en que dejó de pertenecer a los dominios del Real Patronato español.

Desde 1681, cuando la colonia francesa llegaba a 7,848 personas, el Norte de la isla en poder de Francia fue evangelizada por Capuchinos y Jesuitas, con un Prefecto Apostólico Capuchino. Del clero diocesano sólo hubo un Prefecto Apóstolico, y por tanto con jurisdicción ordinaria hasta 1789, que es la época que cubre el nacimiento del Beato Bonnaud.

Sólo en 1824 el Cardenal Julio Someglio comunica al Presidente Boyer que el Santo Padre extendía la jurisdicción religiosa del Arzobispo de Santo Domingo sobre toda la isla, que en ese momento era la República de Haití.

Este folleto es un aporte interesante a la hagiografía dominico-haitiana, para que estudiemos la vidas de cristianos que practicaron las virtudes en grado heroico. Pero ahora nos limitaremos sólo a la parte dominicana.

Existe una larga lista de personas, cuyas vidas fueron dechado de virtudes cristianas, y que podrían muy bien figurar en un estudio sobre la santidad entre nosotros. Necesitamos vivir mirándonos en el espejo esplendoroso de aquellos titanes de la fe, que nos precedieron en el camino del Señor.

Si el Beato Bonnaud derramó su sangre por la defensa de los derechos de la Iglesia en la Francia revolucionaria, no podemos olvidar que la evangelización en esta isla, y por consiguiente en toda América, comienza con la sangre que vertieron aquellos primeros indígenas, bautizados en las llanuras de La Vega Real en 1496.

Dios iluminó a un grupo de indígenas que abrazaron la fe católica. De ellos afirma fray Ramón Pane: "Cuatro recibieron el agua del bautismo; y creo que murieron mártires, por lo que en su muerte y constancia se vió. El primero que recibió la muerte, y el agua del Santo bautismo, fue un indio llamado Guatícaba, que después tuvo el nombre de Juan. Este fue el primer cristiano que padeció muerte cruel, y tengo por cierto que tuvo muerte de mártir. Porque he sabido por algunos que estuvieron presentes a su muerte, que decía: 'Dios naboria daca, naboria daca,' que quiere decir: "yo soy siervo de Dios".

La obra del Señor camina por senderos desconocidos. Los primeros evangelizadores conocidos del continente fueron tres hermanos legos, aún cuando vinieron en el segundo viaje de Colón un Delegado Apóstólico y unos doce sacerdotes. Los nombres de estos tres humildes religiosos quedarán



gravados siempre en las páginas de la historia dominicana: el hermitaño Jerónimo fray Ramón Pane, primer maestro y escritor de América; y los franciscanos fray Juan de la Duela y fray Juan de Tisín, ambos borgoñones. Ellos sembraron la semilla en el surco fértil de América para recibir la palabra de Dios.

La primera relación de alta caridad cristiana se refiere a la piedad de una negra libre en la ciudad de Santo Domingo, y que vivió hacia 1505. Escribiendo sobre el Hospital de San Nicolás, el Arzobispo Carvajal y Rivera decía en 1695: "El principio de esta fundación fue un bohío donde hoy está la capilla de Ntra. Sra. de Altagracia, que era de una negra piadosa, que recogía los pobres que podía, y los curaba según su posibilidad, por no haber hostalidad en esta ciudad". Es cosa cierta que el primer hospital de América se hizo sobre el fundo que había dejado esta morena piadosa para ese noble fin. ¿Quién era esta admirable mujer?

Con la llegada de los Padres Dominicos en 1510, se inicia en la isla no sólo la defensa de los derechos humanos que tenían los indios como seres de Dios, sino también los relatos maravillosos de hombres célebres por sus virtudes.

De fray Pedro de Córdoba, cuya memoria durará entre nosotros cuanto dure la isla, se cuenta lo siguiente: andando en la fundación de los conventos dominicos de estas islas del Caribe, atacado por los indios en la Isla Margarita, salió huyendo con otro fraile y se metieron en una barca, "que al momento se desvió de la ribera, y fue navegando hacia esta ciudad de Santo Domingo a donde llegó en 24 horas con haber más de 200 leguas de distancia... vieron en la proa de la barca una cruz que le servía de árbol y en ella a Cristo nuestro Señor crucificado y en la popa de la barca vieron sentado a Santo Domingo como que la gobernaba... Este milagro tiene una prueba muy grande... que desde su principio esta Provincia (religiosa de la Santa Cruz) tiene por armas la pintura de él, como yo lo he visto... y (los dominicos) con su vida santa y ejemplo y sus sermones reformaron a los españoles en muchas cosas".



“Fue mártir Fray Juan Garcés”, dice el Padre las Casas, al morir atacado por los indios. Este sujeto había vivido en La Vega antes de 1510, y se dice de él que mató a su mujer, y arrepentido entró lego dominico para hacer penitencia. Según las Casas fue el informador de los malos tratos que sufrían los indios, y de ahí surgió el célebre sermón del Padre Antonio de Montesinos, en el adviento de 1511.

También se nos habla de fray Rodrigo de Ladrada “santo viejo hijo del Monasterio e isla de Santo Domingo, y compañero antiguo del Sr. Obispo (Las Casas)”.

Quando en 1544 llegaron muchos frailes dominicos que iban con el Obispo Las Casas, dicen que: “dábamonos mucho a la oración y de día y de noche no hacíamos otra cosa y Nuestro Señor nos ayudaba como El solía e así despertó a una negra horra que allí vivía y ésta casi nos sustentaba; no paraba ni de día ni de noche... con gran devoción y caridad. Al estar casi de partida, “vino también la negra al navío en un barco y nos trajo muchas cositas”... “La buena negra plegue a Dios que la veamos en la gloria”.

¡Qué interesante sería un estudio sobre estas mujeres piadosas, que tantas las ha habido en la isla, y que pueden dar ejemplo a los cristianos de hoy!

El Canónigo Alcocer en su Relación de la Isla, nos trae importantes noticias sobre personas religiosas de altas virtudes.

“En el convento de San Francisco de su orden, tienen (los franciscanos) una Santa Cruz en veneración, porque dicen que un santo religioso lego de su orden declaró que había visto en ella algunas visiones celestiales, y un día pasando este religioso y arrodillándose ante ella la Santa Cruz se le humilló a vista de muchas personas y desde entonces la quitaron de donde estaba fuera del convento y la pusieron dentro de la Iglesia en el altar de la Capilla de los Grajedas”.

Del Dr. Juan de Angulo, canónigo de la Catedral, dice Al-



cocer que el Arzobispo López de Avila “conociendo sus letras y vida integérrima lo tuvo siempre por su Provisor... porque aunque prebendado y Provisor era pobre... y su fama permanece y permanecerá en esta isla española”.

Del franciscano Fray Nicolás Ramos, Arzobispo de Santo Domingo para 1592, dice Alcocer: “Fue santísimo varón, gran amor de santa pobreza, etc. murió pobre, y santamente como vivió, con opinión de virgen, y está enterrado en esta Iglesia Catedral”.

Y escribiendo de otro Arzobispo, el dominico Fray Cristóbal Rodríguez Suárez, de 1607, afirma: “He oído decir que murió poco antes de llegar a su obispado (Arequipa en el Perú) y que declaró para honra y gloria de Dios que moría virgen; también he oído decir que después de algunos años se abrió su sepultura para trasladarle a su Catedral y hallaron su cuerpo sin corrupción y que ha obrado Dios por él muchos milagros”.

Del Arcediano Don Juan de Villanueva afirma que “murió con opinión de Virgen y Santo. Era muy asistente al Coro y muy dado a la oración, murió pobre por las limosnas que daba especialmente a pobres vergonzantes, a quienes llevaba muchas veces la limosna debajo del manteo”.

Y nos habla de un Hermano Miguel “que trabajó mucho en el Hospital de San Lázaro y sustentó muchos años a los pobres con limosnas que recogía y a muchos pobres vergonzantes; murió en opinión de Santo; fue de admirable paciencia y mansedumbre y dotado de una santa simplicidad, habiendo sido antes en el siglo muy entendido y brioso; el día de su entierro se notó que toda la ciudad, el Arzobispo, la Audiencia y cabildos eclesiástico y secular y las religiones se juntaron sin solicitarlos y le enterraron con gran solemnidad, cargando su cuerpo el Arzobispo y prebendados y todos a porfía”.

También tuvo la ciudad de Santo Domingo otro ejemplo de entrega al Señor en el Capellán Mayor del Hospital de San Nicolás, llamado Alonso Pérez: “Es muy antigua la fama que



hay es que fue un venerable clérigo de santas y loables costumbres, que se empleaba en el servicio de los pobres con gran caridad”. Sobre su sepulcro se puso esta inscripción:

“Debajo de esta loza,
Lugar santo y saludable
el Cuerpo del Venerable
Alonso Pérez reposa
Que sirviendo en Hospital
a Cristo pobre llagado
Mereció ser hospedado
En Hospicio celestial
de Cristo glorificado”.

En el Convento de las Mercedes de Santo Domingo recibieron hacia 1546” a un hidalgo muy rico de esta ciudad del apellido de Gumiel, que habiéndose desposado por palabras de presente con una señora su igual en el mismo tálamo le tocó Dios y fingiendo alguna enfermedad repentina se quitó del tálamo y partió a recibir el hábito de esta Santa Religión (mercedaría), haciendo donación al Convento de todos sus bienes... Vivió muchos años santamente y murió con muy buena opinión y piadosamente. Se debe creer le daría Dios en el cielo la paga de tan animosa y resuelta determinación”.

Del Arzobispo López de Avila se afirma que “su vida y proceder fue inculpable; no dormía en cama, sino en tabla y hacía otras penitencias; fue muy amado de su clero y de todas sus ovejas a las cuales socorrió con muchas limosnas”.

Otro aspecto no estudiado entre nosotros es la existencia, en la isla, de Ermitaños. Desde el Jerónimo Fray Ramón Pané, que llevó la fe a los primeros indígenas que fueron bautizados en la isla, hasta aquellos que servían en el templo de la Altagracia en Higüey, según se desprende de lo que dice Alcocer: La villa de Higüey “tiene Cura y de ordinario un Ermitaño, que sirve de sacristán”.

El 14 de Noviembre de 1760 murió en Higüey el Ermitaño, con título de “Don”, Gregorio de Barrios, natural de



Cotuí, que sirvió al Señor durante largos años, muriendo “en la mayor miseria y pobreza”, y llamábase “Ermitaño de San Antonio Abad de Santo Domingo”.

En la historia de la Bahía de Samaná se cuenta la vida del Hno. Juan, un pirata de Nantes en Francia, que atormentado por sus crímenes, se retiró a un lugar apartado de la Bahía, y haciendo penitencia estuvo más de 30 años. Se hablaba del “ermitaño de Samaná”. Llamado por el Arzobispo pasó a Santo Domingo, pero murió muy pronto y “lo consideraron como un santo”.

En Higüey había en el siglo XVIII “los Hermanos de Nuestra Señora”, de los cuales consta la muerte de la Hna. Catana, dedicados al servicio humilde del Santuario en plan de penitencia.

Todavía hoy, en la sección de El Salado, hay un señor que hace vida de ermitaño, como sacristán de la ermita.

Del Pbro. Juan del Monte, Cura de la Ribera del Haina, fallecido en 1777 se afirma que “no testó por que no hubo de qué, ni para qué”.

Y pasando a una época más cercana a la nuestra, nos falta estudiar a fondo la espiritualidad del Padre Francisco Javier Billini, cuyo recuerdo llena páginas de la moderna historia dominicana por su dedicación a la enseñanza y a las obras de misericordia. Es necesario que alguien penetre en su vida interior de amor a Cristo, para que su ejemplo nos ayude en este mundo dominicano tan egoísta de hoy.

Una persona controvertida, pero digna de estudio, es la Señorita Elupina Cordero, de Sabana de la Mar; cuyo sepulcro y memoria han quedado intactos en la comunidad de ese pueblo de la Región Oriental de la República. Hay que llegar al fondo de la vida espiritual de esta mujer, ciega y analfabeta, cuya memoria de santidad ha servido para ayuda en la conservación de la fe católica de muchos, y cuyo sepulcro es continuamente visitado, como el de “una santa”.



El valle del Cibao fue iluminado desde las alturas del Santo Cerro por la figura apostólica del Padre Francisco Fantino, quien ha sido un poco más estudiado con las obras que sobre su vida escribieron Mons. Felipe Gallego y Francois Sevezfils. Su trabajo de catequesis dió fundamento a la intensa vida religiosa de esa importante región de la República.

Allí también vivieron dos damas que se consagraron al Señor: Doña Lula García y Doña Trina Vda. Moya. El ejemplo de sus virtudes ayudó a muchos a encontrar los caminos de Dios.

El Lego Capuchino fray Anselmo de Benamejí murió en la parroquia de San José de Santiago en 1959, después de haber vivido larguísimos años en un plan de desprendimiento como San Francisco de Asís.

Los sacerdotes dominicanos: Marcelino Borbón y Peralta en San Cristóbal; Miguel Hernández en Yamasá y Fernando Hernández en el Rosario de Moca dieron alto testimonio de virtudes cristianas, especialmente en favor de los pobres y manifestando desapego a todo lo mundano, aceptaron todo tipo de sacrificio.

La ciudad de Santo Domingo recuerda emocionada a "Doña Chucha", una negra analfabeta; pobre y sin ayuda fija de nadie sustentó y educó a más de 800 huérfanos, que fue recogiendo durante los larguísimos años de su vida. Su memoria se conserva en el "Hogar Escuela de Doña Chucha", hoy dirigido por otra negra, del alma blanca y noblemente cristiana como lo era la fundadora: la Hna. Mercedes.

El 13 de Agosto de 1970 dejaba esta vida Mons. Francisco Panal, ex-Obispo de La Vega, cuya vida de virtud, sacrificio y defensa de los derechos de la Iglesia y del pueblo sirvió de inspiración a muchos en tiempos difíciles. Su sepulcro en la Catedral vegana es meta de grupos de oración.

La Romana llora como hija espiritual a Mons. Juan Antonio Abreu, fallecido el 24 de Junio de 1977, después de ca-



si 30 años dedicados a esa feligresía, fundador de varias obras sociales y hombre de mucha oración y sacrificio. A su entierro asistieron unas 30.000 personas, y su sepulcro es meta diaria de los feligreses. El pidió ser enterrado en la tierra y murió con aquella frase suya: “busqué dónde descansar, y sólo hallé el cielo”.

No quiero mencionar en estos cortos párrafos el ejemplo que nos dieran tantas mujeres, consagradas a Dios con los votos religiosos, en las órdenes de Monjas Clarisas y Dominicanas, que por siglos habitaron los Conventos de Santa Clara y Regina Angelorum en la Ciudad de Santo Domingo.

Tampoco el esfuerzo de muchísimas religiosas que en estos tiempos modernos dedican sus vidas al servicio de los pobres y de la enseñanza.

Ni debemos olvidar a esa pléyade de bautizados, casados o célibes, de los pueblos o del campo, que practican las más altas virtudes cristianas.

Quiero terminar con el ejemplo que nos dejó a todos los que lo conocimos aquel joven de la familia Martínez de Licey al Medio, Moca, que enfermo de leucemia y sufriendo terribles dolores al final de su vida, él consolaba a los que íbamos a llevarle una palabra de aliento, encendiendo a todos en el amor a Cristo; y la gracia desconcertante del Señor, que a los pocos meses de su muerte, el día en que su hermanito de ocho años hizo la primera comunión, éste dijo a la madre de ambos: “Mamá, el Niño Jesús me dijo en la comunión que me quería llevar con él”. Al poco tiempo se le declaró la leucemia, que le llevó a la vida eterna antes de cumplir los 8 años. Afirma la madre que al protestar un hermano médico porque venía otra desgracia sobre la familia, ella le dió a leer el libro del Kempis, y le salió una frase como ésta: “las almas son más, y si yo quiero hacer con ellas mi deseo, a ti ¿qué te importa?”.

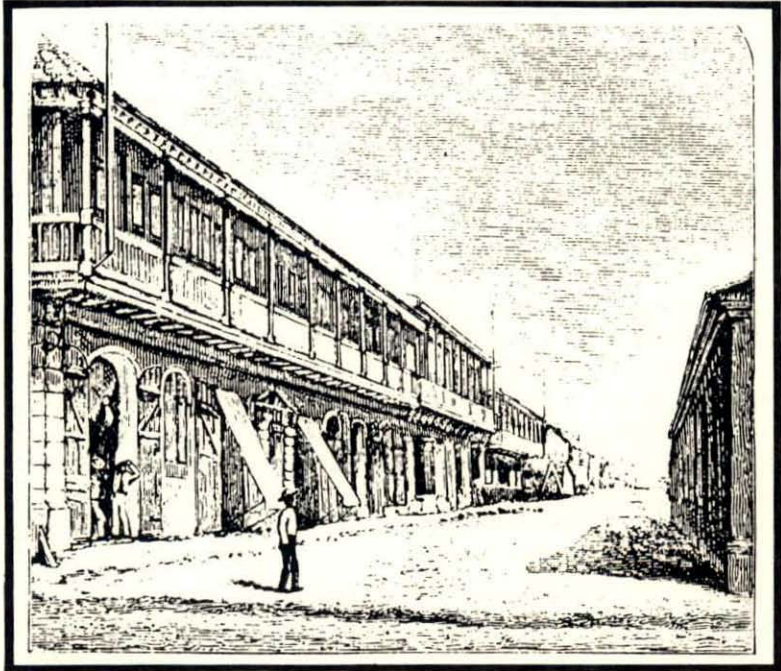


Espero que este folleto sobre la vida del Beato Bonnaud sirva de estímulo para estudiar las vidas de personas altamente calificadas en la práctica heroica de las virtudes cristianas.

Mons. Hugo Eduardo Polanco Brito.



**Salvaleón de Higüey, 18 de Junio de 1978.
Día de la reinstalación en la Basílica de la Imagen de la Alta-
gracia ya “restaurada”.**





Calle comercial de Cap-Français
en el siglo XVII.



UN BEATO JESUITA

El 19 de Enero, la Compañía de Jesús celebra la fiesta del Beato Jacques Bonnaud y sus compañeros mártires, asesinados por orden del régimen de Danton, en París, entre el 2 y el 7 de septiembre de 1792, y beatificados por Pío XI el 17 de octubre de 1926.¹

Como ocurre con gran parte de los 134 beatos jesuitas, Jacques Bonnaud es un desconocido más, aun en la tierra que le vio nacer: la colonia francesa de la Isla de Santo Domingo, que casi un siglo después se convertiría en República de Haití.

Sería inútil pretender “nacionalizar” a Jacques-Jules Bonnaud como “dominicano”, cuando ni siquiera es haitiano. Simplemente, Bonnaud nació en el antiguo Guarico español, entonces llamado Cap-Français, capital de la colonia francesa de Santo Domingo, el 27 de octubre de 1740. Por esa razón, los documentos jesuitas romanos lo calificaron de “natural de Santo Domingo”, y por un error inexplicable, el acta de beatificación añade a su nombre “de la Arquidiócesis de Santo Domingo”.

La colonia francesa de la Isla de Santo Domingo se había constituido definitivamente hacia 1681, una vez que la Paz de Nimega (1678-1679), y la Conferencia del Cabo, habían resuelto temporalmente los límites fronterizos de las dos colonias. A 30 millas de Montecristi, se había fundado en 1670 la Ciudad del Cabo —el “Cabo Santo” del Almirante—, que después del Tratado de Riswick, pasó a ser capital de la colonia. Con el paso de la Historia, cambiaría su nombre por el de Cap-Henri, y finalmente, una vez establecida la República, tomaría el de Cap-Haitien.

A partir de 1566, se habían establecido misiones jesuítas —aunque no en forma definitiva— en la parte española de la Isla, y hacia 1793 aparecen ya jesuítas ejerciendo el ministerio parroquial en la parte francesa, una vez que abandonaron esa colonia los padres capuchinos.

Poco sabemos de las vocaciones “dominicanas” —tanto del territorio francés como del español—, desde aquella primera visita de los misioneros jesuítas a Montecristi en 1566, casi por puro accidente y de regreso de las costas de la Florida, cumpliendo órdenes del General de la Compañía Francisco de Borja. Desde el establecimiento definitivo, en 1650, y hasta la expulsión decretada por Carlos III en el verano de 1776, los jesuítas pudieron incorporar a la orden algunas vocaciones “dominicanas”. Algunas referencias de los historiadores jesuítas, sobre todo Antonio del Valle Llano, nos revelan que se unieron a la Compañía en la parte española, Jerónimo de Pedralves, Juan de Mendoza e Ignacio de Arredondo. Los tres, como dice Valle Llano, vivieron y ejercieron su ministerio desligados del lugar de su nacimiento, y apenas tenemos noticia de ellos. Lo mismo sucede con el único “dominicano” que ha merecido un puesto en los altares.²

La bibliografía y la documentación acerca de los últimos quince años de la vida de Jacques Bonnaud es bastante extensa, e incluye gran parte de sus escritos polémicos, documentos eclesiásticos y epistolario. Sin embargo, los primeros 37 años se reducen a algunas fechas o a simples conjeturas. Sabemos que Jacques-Jules Bonnaud nació en el antiguo Cap-Français



el mismo año en que fue creada la Parroquia de Dajabón en el borde fronterizo de las dos colonias. En ese mismo año, había estallado la guerra entre España e Inglaterra, y se intensificaba la piratería en el Caribe. Cuatro años más tarde nacería Toussaint Louverture, en Breda, cerca del Cabo.

Muy poco sabemos hasta ahora de los orígenes de la familia de Bonnaud, ni del tiempo que permaneció Jacques en la Isla. Es probable que sus padres fueran colonos franceses, establecidos en la colonia a mediados del siglo XVII o en la primera década del XVIII. El apellido Bonnaud no figura entre los terratenientes ni entre los funcionarios del gobierno de la colonia francesa de Saint Domingue.³ Sin embargo, el hecho de haber podido asistir al colegio Jesuíta de La Fleche, puede ser un indicio de la posición desahogada de la familia Bonnaud, o de las conexiones que tuvieran con la Compañía de las Indias Occidentales o la de San Luis, puesto que los alumnos de los colegios jesuítas de Francia recibían, a través de los navíos de esas compañías, su correspondencia y lo necesario para su manutención.⁴

La descripción de historiadores o de simples visitantes, nos puede dar una idea aproximada del ambiente social en que discurrió la infancia —probablemente también la adolescencia— de Jacques-Jules Bonnaud en la tierra que había pertenecido al cacicazgo de Marién, y que unos meses antes de su muerte sería escenario de las luchas entre los comisarios franceses del Directorio y los negros sublevados.

NOTAS

1. AAS, vol. XVIII (1926), p. 417,440.

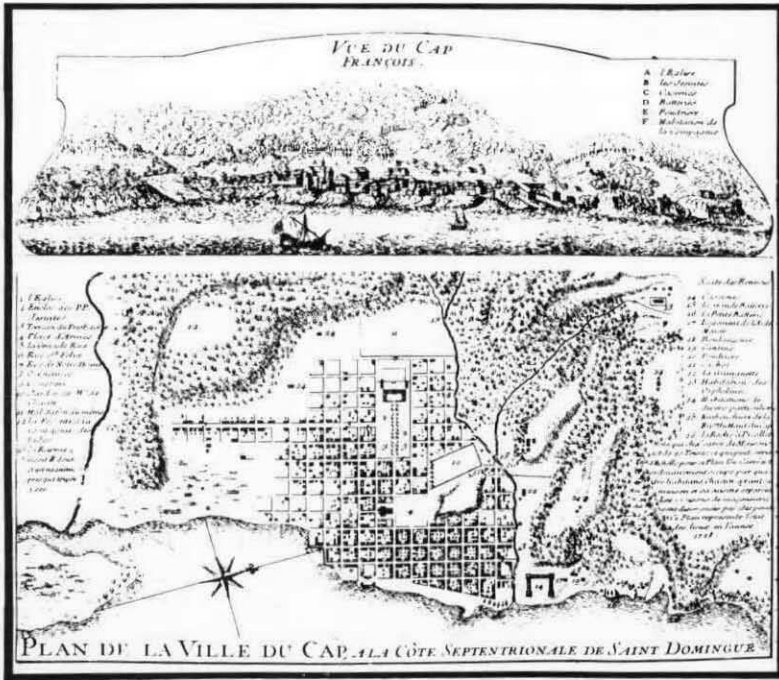
2. A. del Valle Llano, S.J. *La Compañía de Jesús en Santo Domingo durante el período hispánico* (Ciudad Trujillo: 1950), p. 65-66.



3. Entre los hombres de armas de la colonia francesa, aparece un comandante Bouneau en la entrega de la plaza de Bayajá (29 de enero de 1795), que pudiera ser de la misma familia y haber sido mal deletreado. También aparece un tal Du Bonneau como comandante de la “Petite Infante” en 1673. Cfr. P.F.X. de Charlevoix. *Historia de la Isla Española o de Santo Domingo* (Santo Domingo, 1977), tomo II, p. 78.

4. Raymond Lebegue. *Revue des Cours et Conferences*. Citado por F. Charmot, S.J. *La Pedagogía de los Jesuítas* (Madrid, 1952), p. 317.







Plano de la ciudad de
Cap-Français en 1728.

EL “PARIS DE LAS ANTILLAS”

Si hemos de creer a los relatos de viaje de la época, Cap-Français era un “centro de aventureros endurecidos por toda clase de trabajos”. La colonia francesa de Saint Domingue se había constituido en 1681 a base de bucaneros y filibusteros europeos, prostitutas indias y francesas y esclavas negras. La población, a fines del siglo XVII, era de 6,648 habitantes, de los cuales 2,970 eran franceses, y unos 1,000 eran filibusteros. La mano de obra esclava era de casi medio millón, lo que permitió a la colonia convertirse en la gran productora de azúcar, añil, café y cacao del Caribe. Para mediados del siglo XVIII, la colonia francesa producía 21 millones de libras de azúcar y más de un millón de libras de añil anualmente.¹

La prosperidad de la colonia se reflejaba en el ambiente cosmopolita de la Ciudad del Cabo. Una pequeña burguesía francesa la convirtió pronto en un remedo de París —el “París de las Antillas” solía llamársela—, aunque la población era un verdadero crisol de todas las clases sociales y aun de todas las razas. En 1691, cuando llegó a la colonia el Gobernador J.B. du Casse, ordenó que registrasen las prisiones y los hospitales de Francia, y le enviasen a las Antillas cuanto vagabundo se en-



contrara, para incrementar la mano de obra. De Curazao y Jamaica vinieron también judíos e irlandeses, una vez que había cesado el envío de franceses que había logrado Bertrand d'Ogeron en la época de la Compañía de las Indias Occidentales.

La reconstrucción histórica de A. del Monte y Tejada, puede darnos una idea del Cap-Français en que vió la luz, en 1740, Jacques-Jules Bonnaud.

“Las calles fueron tiradas a cordel y formando barridas de casas de mampostería y madera, cubiertas de pizarra de Anjou y tejas de Normandía, y revestidas algunas de mármoles. La primera barriada lindaba con la bahía y contenía la Casa de Gobierno, la batería circular, la fuente piramidal que proveía de agua a los navegantes, el parque de artillería y sus almacenes, la batería real, otra fuente circular..., los baños públicos, y las posesiones que fueron de los padres jesuítas, en que se celebraban las ferias.

En el segundo barrio estaba la calle del gobierno compuesta de almacenes y tiendas, y en que se cerraba la mayor riqueza del Guarico. Cada casa tenía delante un pabellón en que colgaban carteles anunciando el buque recién llegado, y el pormenor de su cargamento...

La calle inmediata era también notable, y en ella se hacían las ventas de la Marina por orden del Almirantazgo. En este barrio estaba la Biblioteca, la calle del Palacio, donde estaba el Tribunal Superior de Justicia o Parlamento, el convento de San Francisco de los Padres Capuchinos, la plaza de armas, el despacho de la policía y la fuente de piedra... La iglesia parroquial, titulada Nuestra Señora, hermosa, con el portal de orden dórico y jónico, y continúa a ella estaba su cementerio.



El barrio que seguía era el de Vaudreuil, nombre de la calle que lo atravesaba de norte a sur; en él estaba la imprenta, el teatro, la sociedad de artes y ciencias, la casa del prefecto apostólico y de los misioneros religiosos que venían al Guarico para desempeñar los curatos de la colonia, la Plaza Montagne, rodeada de árboles, y la Casa de la Misericordia, fundada por los padres jesuítas”.²

La extensión de la Ciudad del Cabo era, según el mismo Del Monte, de 2,800 varas castellanas de este a oeste, y de 1,400 de norte a sur. Las casas de buena construcción serían aproximadamente unas 1,261, pero la ciudad carecía de sistema sanitario, y sus calles no tenían más piso que la tierra o el lodo, según fuera la época del año. Como sucedía en la caricatura de corte francesa del Palacio de Sans Souci, la burguesía de Cap-Français guardaba las apariencias, rodeándose de un aparato de criados, barberos, sirvientes con pelucas empolvadas, mayordomos y hasta bufones, quizás lo que nunca habían podido tener en Francia.

Aunque había una logia de Filadelfia, y hasta un teatro donde se representaban obras de Corneille, Racine y Moliere, la falta de escuelas y centros de enseñanza era patente. Los colonos blancos de la clase alta enviaban a sus hijos “criollos” —como sería el caso de Bonnaud— a Francia para poder estudiar. Muchos, a su regreso a la colonia, creaban pequeños ghettos culturales, que convertían aún más a la colonia del Caribe en una “grotesca caricatura del Versailles decadente y sensual”.³

En cuanto al ambiente religioso, el panorama no era mejor. En 1743, dos años después del nacimiento de Bonnaud, existían ya en la colonia francesa 24 parroquias atendidas por jesuítas, dominicos y carmelitas. Los hermanos de San Juan de Dios habían fundado dos hospitales: uno en Cap-Français y otro en Léogane. Los jesuítas, aparentemente, habían llegado a la colonia en 1704, sustituyendo en las parroquias a los capuchinos, que habían salido de allí un año antes. Apenas sabemos quiénes estuvieron allí, pero es casi seguro



que los PP. Henri de la Borde, René de la Vigne, Charles de la Forest, Charles de Bréviande y Jean de la Valliere trabajasen en las parroquias de la colonia francesa de Saint Domingue. Con más certeza, sabemos que el Superior fue el P. Pierre des Marest, y que el P. Pedro Kreius se unió a los padres franceses en 1726, después de haber desertado de la misión jesuítas de la parte española.⁴

Dice el historiador francés De Charlevoix, que los padres capuchinos no se acostumbraban al aire del país, y perdían gran número de sujetos por una razón o por otra. En 1703, pidieron al Rey que les permitiese retirarse de la colonia francesa, y en su lugar fueron enviados los jesuítas. El superior de la Isla de San Cristóbal, el P. Girard, fue encargado entonces de la misión de Santo Domingo, acompañado en el mes de Julio de 1704 por el P. Jean Baptiste Le Pers.⁵

Los jesuítas permanecieron en la colonia francesa de la Isla hasta 1764, en que fueron expulsados bajo la acusación de agitar a los esclavos contra los terratenientes cañeros. Su influencia, tanto en la cura de almas como en la lucha a favor de la justicia, debió ser notable. El historiador haitiano Adolphe Cabon asegura “desde la expulsión de los jesuítas, la mayor parte de los curas han llevado vidas tan indecentes, que los ciudadanos y los negros han perdido todos los sentimientos de religión que los jesuítas les habían inculcado”.⁶

No disponemos de dato alguno acerca de la infancia de Jacques Bonnaud en Cap-Français, ni de su formación hasta su traslado al Colegio de La Flèche. Es de suponer que iniciara sus estudios con los misioneros jesuítas de su ciudad natal, y saliera de Saint Domingue hacia 1753, cuando apenas tenía 13 años de edad, como parece desprenderse de las fechas de graduación del Colegio de La Flèche y de su ingreso en la Compañía de Jesús.⁷

Sin embargo, disponemos de numerosos datos acerca de la juventud de la época en la ciudad de Cap-Français. Pierre de Vaissiére, escribiendo al jesuítas P. Larcher, en marzo de 1724, se lamenta de la educación de los jóvenes franceses blan-



cos de ambos sexos en la colonia de Saint Domingue, y achaca parte los males a la presencia de los esclavos negros que se ocupaban de ellos en el hogar y de quienes adquirirían “las maneras, el lenguaje y los bajos sentimientos”. El ejemplo de sus padres, sobre todo en el trato que le daban a los esclavos, era lo que conducía a la “presunción, al orgullo, a la cólera, a la violencia”. Y añadía,

“Es necesario confesar que, en los niños criollos, se ve despuntar muy pronto defectos constantes, que son a la vez aquellos de su medio y aquellos de los amos, para quienes, desde la más tierna edad sus esclavos no son más que cosas.

De ahí pues, ante todo, una precoz experiencia de la vida, una sensibilidad despierta desde temprano por las desnudeces que le rodean, y una pureza prematuramente hollada, a veces, por los espectáculos sobre los cuales se abren sus ojos; una falta de sensibilidad casi absoluta e incluso una cierta crueldad nativa resultante de la manera dura y brutal con que ellos ven tratar a los esclavos; una grosería de lenguaje y de expresiones debida a la frecuentación de hombres groseros; y por otra parte, un orgullo, una vanidad a veces insoportables, instintos de dominación que responden al hábito de ser servilmente obedecidos por todo un pueblo de inferiores”.⁸

Ante este panorama, no es extraño que los hijos se convirtieran en verdaderos herederos de la barbarie de sus padres, tan pronto pasasen a la administración de las haciendas o las plantaciones de caña, algodón, café o cacao, que convirtieron a la colonia francesa en la más rica de las Antillas.

Como apuntaba el escritor P.Y.R. James, la Iglesia participaba de los mismos vicios de la sociedad colonial, sobre todo a mediados del siglo XVIII. Quizás la razón estaba en que el clero estaba constituido al principio por monjes que habían abandonado la orden a que pertenecían en Francia, y habían sido enviados por sus Obispos a la misión del Caribe,



donde pronto dispusieron de esclavos, tierras y concubinas. Algunos sacerdotes llegaron al extremo de distraerse bautizando a esclavos negros siete y ocho veces, sólo por obtener una pequeña suma de dinero, mientras alguno, con el mismo objeto, vendía amuletos y talismanes para asegurar el éxito en el amor a los esclavos negros.⁹

No es extraño que la llegada de los jesuitas a la colonia francesa de Saint Domingue, en el verano de 1704, cambiase las perspectivas religiosas del pueblo y del clero colonial, y que su partida en 1764, significara un retroceso en la vida religiosa de la población.

NOTAS

1. Pierre de Vaissière. *Saint-Domingue: 1629-1789* (Paris, 1909). Citado por José L. Franco. *Historia de la revolución de Haití* (Santo Domingo, 1971), p. 95-96.

2. A. del Monte y Tejada. *Historia de Santo Domingo* (Ciudad Trujillo, 1953), vol. III, cap. VIII, p. 151-152.

3. José L. Franco. *op. cit.*, p. 150. El mejor cuadro de la vida licenciosa de la pequeña burguesía de Saint-Domingue es el de Pierre de Vassière, *op. cit.*

4. A. del Valle Llano, S.J. *op. cit.* p. 316.

5. P. F. X. de Charlevoix, S.J., *op. cit.*, vol. II, p. 310. El P. Le Pers es el autor de los apuntes que sirvieron de base al P. De Charlevoix para escribir su historia de Santo Domingo.

6. Adolphe Cabon. *Notas sur l'histoire religieuse d'Haiti* (Port-au-Prince, 1933), p. 35.

7. La labor de búsqueda de la partida de nacimiento o de bautis-



mo de Jacques Bonnaud ha sido infructuosa hasta la fecha. El único dato que aparece en archivos de Haití se encuentra en el Obispado de Cap-Haitien, y dice lo siguiente:

“Martyrs de 1792— Jacques Jules Bonnaud, né au Cap Français le 20 octobre 1740, fut ordonné Prêtre dans la Compagnie de Jésus, puis après la dispersion de la Compagnie exerça le ministère dans la diocèse de Paris, puis de Lyon et périt dans les massacres de septembre 1792 à l’ancien couvent les Darnes devenu l’Institut Catholique de Paris.

La béatification des 191 Martyrs immolés à la Terrur en septembre a lieu le dimanche 17 octobre”. (Cf. Mgr J. M. Jan, “Collecta III, Pour l’Histoire Religieuse du Diocèse du Cap-Haitien 1886-1953.” Port-au-Prince, 1958).

Los datos fueron gentilmente facilitados por François Gayot, S.M.M., Obispo de Cap-Haitien.

8. P. de Vaissière. *op. cit.*, Citado por J.L. Franco, *op. cit.*, p. 152.

9. P. Y. R. James. *Les Jacobins-Noirs* (Paris, 1949). Citado por J.L. Franco, *op. cit.*, pp. 153-154.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia





Una calle de la zona port
Cap-Français en el siglo XVII.

DEL GUARICO A LYON

Es de suponer que Jacques Bonnaud salió de Cap-Français cuando tenía unos trece años de edad, puesto que en 1758 ingresó en el Noviciado de la Compañía de Jesús, en París, cuando tenía dieciocho años y después de concluir sus estudios en el Colegio de La Flèche.

El Colegio de La Flèche, en cuyas aulas había estudiado René Descartes durante la época de la controversia Molinista, había sido fundado por Enrique IV, y de él había recibido el nombre y el corazón del primer monarca de la dinastía Borbónica, que falleció en 1610. El Colegio estaba a orillas del Loir y a corta distancia de Le Mans.

Por las aulas de La Flèche desfilaba lo más selecto de la sociedad francesa de la época, de acuerdo con el criterio pastoral de la Compañía de Jesús de influir en aquellos que estaban llamados a gobernar. El régimen de estudios de los colegios jesuitas —la llamada “Ratio Studiorum”— constituía uno de los mejores métodos de formación humanística y filosófica. El método de prelecciones, repeticiones, así como el ca-



rácter educativo que se le concedía al teatro, convertían a la escuela jesuíta en un experimento de actualización pedagógica sumamente exitoso.¹

Aunque el francés había desplazado ya al latín en las Universidades europeas, La Flèche conservaba la tradición de impartir las clases en la lengua de Cicerón. En esa lengua, los alumnos franceses y los de las Antillas, estudiaban a Tibulo, Catulo, Marcial, Propercio, Juvenal, Virgilio y Perseo, aunque algunas obras traducidas e impresas en La Flèche se destinaban a los alumnos destacados o se reservaban a los ratos de ocio de los alumnos. “Saber latín, y saberlo a fondo para leer los autores”, era según J.B. Herman, el objetivo de los estudios humanísticos de un colegio jesuíta como La Flèche.²

En cuanto a la formación religiosa, el Colegio de La Flèche, como los demás colegios jesuítas de la época, insistía en los ejercicios de piedad, la frecuencia de los sacramentos y la caridad apostólica, sobre todo a través de las Congregaciones Marianas, a las que dió carácter definitivo Juan Leunis en 1563. Y, naturalmente, en La Flèche no faltaba una Congregación Mariana, al frente de la cual estaba, en los años de escolar de Jacques Bonnaud, el P. Benjamín de Gérvy, que también era profesor de Filosofía. La Congregación que dirigía De Gérvy era la de los alumnos externos, lo cual nos lleva a concluir que Jacques Bonnaud vivía quizás en La Flèche o sus alrededores durante sus años de colegial. El P. De Gérvy dejó La Flèche dos años más tarde, probablemente hacia 1758, para encargarse de la dirección de la Casa de Ejercicios de Vannes.

Jacques-Jules Bonnaud abandona las aulas del Colegio Henri IV, en Sarthe, cuando contaba dieciocho años de edad. Unos meses más tarde, ingresa en el Noviciado de la Compañía de Jesús, en París. Era el 20 de diciembre de 1758. En ese momento, el P. Etienne de la Croix era el Maestro de Novicios. Dos años después, al terminar Bonnaud su noviciado, De la Croix sería nombrado Provincial de los jesuítas de Francia. El 24 de diciembre de 1761 había ingresado el último novicio, siendo Rector del Noviciado el P. Joseph Fiérard.³



Los noviciados franceses no se diferenciaban mucho de otros noviciados jesuítas de esa época. Además de las actividades ordinarias de oración, aprendizaje de las normas y leyes de la orden y oficios manuales, los novicios franceses contaban con una serie de obras de ascética para su lectura. Ya entonces se habían traducido del castellano al latín las famosas **Meditaciones** del P. Luis de la Puente (1605), y además era de uso frecuente la obra similar de Nicolás Avancini, publicada en 1665, que contó con más de cincuenta ediciones. Es de suponer que la biblioteca del Noviciado de París contase también con las obras de François Poiré sobre la devoción a María, las de Nicolás du Sault acerca de la confianza en Dios, las meditaciones de Julian Hayneufve, Luis Camaret, Jacques Nouet, François Nepveu, Jean Crasset, así como la traducción del P. de la Neuville, de la *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis.

En el Noviciado de París, Jacques Bonnaud coincide con el P. Pierre J. Picot de Clorivière, que habría de desempeñar un papel tan importante en el mantenimiento de la espiritualidad de los jesuítas durante los años de la supresión de la orden, y más tarde, al frente de la provincia francesa, se encargaría de restaurar la Compañía, de 1814 a 1818. Allí también se encuentra Bonnaud al que sería su compañero en el martirio de septiembre de 1792: el P. Nicolás-Marie Verron, que se distinguió por sus escritos espirituales y su trabajo de difusión de la adoración perpetua al Corazón de Jesús.⁴

Al terminar su noviciado y pronunciar sus votos simples, Jacques Bonnaud fue enviado al Colegio de Quimper, en el departamento de Finisterre, a orillas del Odet. Allí se desempeñó como “maestrillo” de cuarto y quinto curso, pero los datos de que disponemos no nos permiten conocer detalles precisos acerca de su magisterio en Quimper. Sí sabemos que era Rector en aquellos años el Padre Firmin Le Roux, y espiritual el P. Vincent le Tresson. En la comunidad de Quimper también vivía el misionero P. Tomás Olivier Corret, continuador de la obra del Beato Julian Maunoir, y que tendría un papel tan importante que desempeñar durante la época de la supresión de la orden, manteniendo el espíritu de los jesuítas dispersos.



Es precisamente en el Colegio de Quimper donde le sorprende a Bonnaud, en Abril de 1762, la orden parlamentaria de clausura de todos los colegios y residencias de los jesuítas, pasando los primeros a manos de sacerdotes seculares. Un mes después, el Parlamento ordena que los novicios sean enviados a sus casas, y el primero de agosto del mismo año, se clausuran todas las casas e iglesias de la Compañía de Jesús en París, y se procede al inventario de las casas y colegios. Los novicios fueron enviados a casas de familia o a sus propias casas, pero un buen porcentaje de escolares (aproxímadamente unos doscientos) decidieron abandonar la orden antes que vivir en el riesgo de la clandestinidad. Los sacerdotes empezaron a tener dificultades a partir del mes de septiembre, cuando el Parlamento hizo presión a los Obispos que se mostraban dispuestos a aceptarlos en sus diócesis.

En Octubre del mismo año de 1762, Jacques Bonnaud ingresa en el Seminario Saint-Firmin para iniciar sus estudios de teología, pero apenas dos años después se ve obligado a abandonarlo y trasladarse a Flandes, que junto a Alsacia y el Franco Condado se opuso al extrañamiento de los jesuítas de Francia.

Naturalmente, la permanencia de los jesuítas en esos territorios creaba una situación que podía ser peligrosa para la seguridad del Estado. Por fin, un decreto real, aprobado por la Asamblea de París el 1ro. de diciembre de 1764, decidía que la Compañía de Jesús no podía seguir existiendo en Francia. Para el primero de Abril de 1765, los jesuítas debían abandonar sus casas, dismantelar mobiliario y ajuar, y seguir viviendo como simples ciudadanos. Algunos, sin embargo, lograron continuar su ministerio en la clandestinidad.

En esa ocasión, el P. Firmin Murat, Provincial de Francia, dirigió una carta a sus súbditos exhortándoles a la perseverancia y la fidelidad a las reglas de la orden, dictando algunas normas prácticas acerca de la pobreza y la disciplina religiosa.

“En la forma de vestir, observen la pobreza y la



modestia que conviene a su estado. No olviden que la prudencia y la discreción que se nos recomienda a todos, son ahora más necesarias que nunca.

No piensen que pueden abandonarse los ejercicios de piedad y otros medios de alcanzar la perfección, prescritos por nuestro Instituto. Por el contrario, persuádanse que la situación en que nos encontramos los hace aún más necesarios”.⁵

A la hora de dispersarse los jesuitas, la Compañía contaba con 22,589 miembros, de los cuales 11,239 eran sacerdotes. Estaba dividida para su gobierno en 6 asistencias y 39 provincias. Contaba con 24 casas profesas, 335 residencias y 237 estaciones de misión.

Durante esos años de dispersión de la Compañía, Jacques Bonnaud obtiene un doctorado en Teología y dos licenciaturas, una en derecho civil y otra en derecho canónico. De regreso, la Diócesis de París le admite como sacerdote, y se dedica a los ministerios propios de una parroquia, al tiempo que comienza a publicar escritos de carácter polémico. El primero de ellos, aparecido en 1777, trata de probar que las cartas de Clemente XIV son apócrifas, y se deben a la pluma del exoratoriano Louis-Antoine Caraccioli. La obra, publicada bajo el seudónimo de Kokerbourn, se titulaba “Le Tartufe épistolaire démasqué”. Dos años después, aparece “Examen critique des Observations sur l’Atlantide de Platon par Bailly”, en respuesta a un artículo del Abad Creyssent de la Moseille, y seis años más tarde, da a la publicidad “Hérodote: Histoire du peuple Hébreu sans le savoir”, tratando de defender la posición de un compañero jesuita, el P. Pierre Guérin Du Rocher, que también sucumbiría a la persecución de septiembre.⁶

Dos años más tarde, en 1787, Bonnaud se opone a la petición de los protestantes que reclamaban el estado civil, y su elocuente exposición le vale la protección de Monseñor Yves-Alexandre Marbeuf, Obispo de Autun. Al año siguiente,



cuando Monseñor De Marbeuf se traslada a Lyon, escoge como Vicario General a Jacques Bonnaud, cargo que desempeña hasta su martirio en septiembre de 1792.

NOTAS

1. Cfr. Camille de Rochemonteix. *Un collège de Jésuites au XVIIe siècle* (Le Mans, 1889), citado por F. Charmot, *op. cit.*, p. 155 ss.

2. J.B. Herman. *La pédagogie des Jésuites au XVIe siècle* (Louvain, 1914), citado por F. Charmot, *op. cit.*, p. 169.

3. J. Dehergue. "Notes sur le recrutement géographique des Jésuites de la Province de France de 1745 a la supresión de 1762" *AHSI*, vol. 39, fasc. 78, p. 356-361.

4. Cfr. H. Fouqueray. *Un groupe des Martyrs de Septembre 1792* (Paris, 1926), p. 98-116. Citado también en J. de Guibert. *La espiritualidad de la Compañía de Jesús* (Santander, 1955), p. 332.

5. G. Kratz. "Instructions pour les Pères de la Province Gallo-Belge chassés de France en 1764", *AHSI*, vol. XIV, fasc. I-II (1945), p. 125-130.

6. Cfr. C. Sommervogel. *Bibliothèque des écrivains de la Compagnie de Jésus*, t. I, col. 1730-1732.







Alegoría de las tres Clases de la
Sociedad francesa, en la cual se ve
al “Tiers-Etat” soportando el
peso de la nación.

LA ANTESALA DE LA REVOLUCION

Como es comprensible, el absolutismo monárquico había creado una unión íntima del trono con el altar que, naturalmente, degeneró en abusos por ambas partes. La Iglesia no concebía otra institución legitimadora de la sociedad fuera de ella, y la Monarquía estaba convencida de tener en la Iglesia su mejor aliado.¹ Valiéndose de esta situación de privilegio, no es extraño que el clero francés creciera considerablemente al amparo del “antiguo régimen”. En vísperas de 1789, la Iglesia contaba con 130,000 miembros, de los cuales 70,000 eran regulares y 60,000 eran seculares. El clero regular poseía la cuarta parte del suelo de París, y un 20 por ciento de las tierras de Picardía. A base de donaciones y legados, la Iglesia de Francia se convirtió en la primera propietaria del reino, y su fortuna llegó a calcularse en unos 2,992 millones de libras. Su crédito, como es de suponer, llegó a superar al del Estado.²

No es de extrañar que el clero alto y bajo fuera un reflejo del estado de cosas. Los 130 obispos que gobernaban la Iglesia de Francia eran reclutados entre la nobleza, y pronto se convertían —como diría Saint-Simon— en unos “pedantes



violáceos”, unos cortesanos con púrpura que, a veces, se daban el lujo de ser ateos. Cuando se encontraba una excepción —obispos dedicados al gobierno de su diócesis y viviendo la pobreza evangélica—, eran considerados como “obispos cazcarriosos”. Los demás se hacían servir por ayudantes, y no pensaban en otra cosa que en aumentar sus propiedades y en disfrutar de la vida de Versalles. “Llevábamos una vida de “príncipes”— será el lamento del Abad de Prémontré cuando pierda sus posesiones a raíz de la revolución de 1789.

No son pocos los historiadores que reconocen que el blanco de los ataques a la Iglesia en Francia, Portugal y España, era la Compañía de Jesús, por su carácter “rigurosamente centralista”, por su apoyo al Papa y por su dedicación a la Iglesia. A la hora de surgir la Ilustración, la Compañía de Jesús se convertirá en el gran enemigo de la lucha anti-ecclesiástica. Naturalmente, hay otros factores que agravan la crisis. El poder conquistado por los jesuitas por su mal entendida orientación elitista de la enseñanza, las reducciones del Paraguay, los negocios del famoso P. Lavallette en La Martinica, y el poder económico de la Compañía de Jesús, agudizaron el problema. Por su parte, el jansenismo y las divisiones internas de la misma Compañía, contribuyeron a debilitar las defensas de la orden, y a crear una cierta soberbia, como apunta el Dr. Joseph Lortz.³ Las limitaciones y la expulsión de los jesuitas franceses no será un episodio aislado en la historia europea: la presión de Portugal y las cortes borbónicas de España, Nápoles y Parma, hizo que Clemente XIV decretase finalmente la supresión de la Compañía de Jesús en 1773, quedando como únicos reductos jesuitas Silesia y Polonia.

Mientras tanto, la economía y la sociedad francesas alcanzaron su punto de ebullición. La administración de Luis XIV, orientada a favorecer a la aristocracia, precipitó una verdadera anarquía financiera. Desde los primeros días del año 1789, cuando los tres órdenes prepararon sus “cuadernos de quejas”, el ambiente se fue caldeando con increíble rapidez. Ni que decir tiene que la Iglesia evidenció en las asambleas del Clero, las profundas divisiones que habían resquebrajado su estructura: el proletariado de la Iglesia rural se sublevaba



contra los privilegios del alto clero, y pronto surgirá el grupo de sacerdotes demócratas que se alíen con el Tercer Estado para oponerse a la nobleza en la lucha por sus reivindicaciones. Ellos son los que verdaderamente inician la Revolución el 17 de junio de 1789 en la Asamblea Nacional.

Precisamente en esos días en que se iniciaban las deliberaciones en las provincias, Jacques Bonnaud escribe, a nombre del Arzobispo de Lyon, una Pastoral de Cuaresma en que señala los males sociales y los errores reinantes. “Un espíritu de vértigo se apodera de los hombres, y una serie de ideas nuevas sustituyen bruscamente las antiguas máximas... Una revolución general amenaza las instituciones políticas, civiles y religiosas. El reino encara una crisis de grandes dimensiones... He aquí que el Señor quitará a Jerusalén y a toda Judá su apoyo y su sostén; el guerrero y el hombre de armas, el juez, el profeta, el adivino y el anciano, unos se levantarán contra los otros, el villano contra el noble... Jerusalén está al borde la ruina, porque sus obras y sus palabras son contra el Señor”.⁴

A pesar de su aparente ambigüedad, el documento de Bonnaud calzado con la firma de Mons. de Marbeuf, provocó un verdadero escándalo. El martes de Carnaval, un grupo de “patriotas” organizó una protesta ante las ventanas del Vicario General en el Seminario Saint-Irénéé. Revestidos de casullas y otros ornamentos, quemaron la Pastoral, que todos reconocían como obra de Bonnaud. Por su parte, el jefe de la nueva municipalidad, llamó la atención al Vicario por su indiscreción, pero él respondió que el Arzobispado sabía bien cuál era su deber. Unas semanas después, Bonnaud vuelve a dar muestras de su “prudencia” en la redacción de los “cuadernos” del clero de Lyon, y en la elección de los delegados a los Estados Generales.

El 13 de Julio de 1789, el pueblo de París se apodera de la antigua prisión de la Bastilla, y pasea después la cabeza de su gobernador clavada en la punta de una lanza. El 4 de agosto, la nobleza y el clero aceptan la supresión de los derechos feudales, privilegios y diezmos, mientras la corona ha sido



despojada del poder legislativo, y ha perdido el apoyo del ejército. Se calcula que la Iglesia cedió a la Revolución cerca de 2,300 hospitales y 600 colegios, que más tarde son puestos a la venta para colmar el déficit financiero del Estado y mantener la Revolución durante sus primeros diez años.

Naturalmente, muchos veían en las órdenes religiosas obedientes a Roma, un obstáculo más para resolver la crisis financiera, puesto que muchos conventos habían acumulado considerables fortunas. El 13 de febrero de 1790, un decreto declara nula la profesión religiosa en las congregaciones que no tuvieran una actividad hospitalaria o de enseñanza, por considerarse “de una inutilidad evidente”, como había dicho el diputado Treillhard ante la Asamblea en diciembre de 1789.⁵ Las defecciones y el cierre de los conventos no se harían esperar, y pronto la política se orientará contra la Iglesia como soporte del “antiguo régimen”. A pesar de la débil protesta del Papa Pío VI (29 de marzo de 1790), condenando los principios de la Revolución, los acontecimientos siguieron su curso, y la condena de Roma se encontró con el silencio de Luis XVI y su tambaleante monarquía.

El 2 de Julio de 1790 se promulga la nueva constitución civil del clero de Francia, y se anuncia la juramentación de Obispos y sacerdotes para el 4 de Enero de 1791, otorgándose una prórroga hasta el 7 de diciembre del mismo año. A partir de esa fecha, los eclesiásticos que se negasen a jurar la constitución civil, serían considerados “sospechosos de disturbios contra la Ley y de malas intenciones hacia la Patria”. A la Iglesia tradicional —la Iglesia fiel, según la mayoría— no le quedaba otro camino que aliarse con la nobleza de nuevo, pero muchos eclesiásticos prefieren el exilio voluntario, y Roma se convierte en el refugio obligado de muchos de ellos en los últimos días de 1791.

Según la nueva constitución civil del clero, los obispos y sacerdotes son funcionarios civiles, que pueden y deben ser elegidos democráticamente por ciudadanos de cualquier creencia religiosa. Para reducir el gobierno eclesiástico al gobierno civil, se suprimen las 135 diócesis existentes y se crean 83



nuevas, una por cada departamento civil. El calendario civil sustituye al calendario gregoriano, como un símbolo del cambio de liderazgo y de sistema. Naturalmente, muchos obispos hacen caso omiso de las nuevas disposiciones, y siguen gobernando sus diócesis. La crisis del juramento dividió de nuevo al clero. Ante la negativa de muchos obispos, la Asamblea Constituyente designó a los sustitutos, pero hubo que recurrir a un Obispo como Charles-Maurice de Talleyrand, líder de las “izquierdas” en Autun, para que consagrara a los nuevos elegidos el 24 de febrero de 1791.

Monseñor Lamourette es el nuevo obispo “usurpador” de la Diócesis de Lyon, y el Vicario General, Jacques Bonnaud, tiene que abandonar el Seminario Saint-Irénée y trasladarse nuevamente a París, donde continuará su lucha en defensa de la Iglesia, colocándose entre el “clero refractario”. En ese tiempo publica una obra contra la nueva constitución civil del clero francés, demostrando que, en el fondo, no es más que el resurgimiento de la doctrina de Edmundo Richer, condenada por Paulo V (1613), Gregorio XV (1622), y Clemente XI (1709), y aceptada sin reservas por los jansenistas.⁶ De esa época es también la Carta Pastoral del 4 de mayo de 1791, acerca de la usurpación de la sede de Lyon por el Obispo constitucional, firmada por el Obispo “no juramentado” Monseñor de Marbeuf, Primado de las Galias.

Concedor de la capacidad intelectual y de gobierno del P. Bonnaud, el encargado de negocios de la Santa Sede después de la partida del Nuncio de Francia, escribía al Cardenal Zelada, secretario de Estado de Pío VI, elogiando al Vicario General de Lyon por su celo y su ortodoxia. Esa carta, fechada el 24 de octubre de 1791, estaba acompañada de una extensa relación del P. Bonnaud al P. Salamon encargado de negocios de la Santa Sede, acerca de la situación desusada en que se encontraba la Iglesia francesa que seguía fiel a Roma, y que constituye uno de los documentos más reveladores de la postura decidida del mártir nacido en Cap-Français.⁷ Como consecuencia de la relación del Vicario Bonnaud, el Papa Pío VI amenaza con la excomunión “ipso facto” a los eclesiásticos constitucionales que no se retracten en un lapso de se-



senta días. El breve “Quod aliquantum”, seguido del “Caritas”, trajo como consecuencia la anexión, el 24 de septiembre de 1791, de Aviñón y el condado Venesino a Francia, decretada por la Asamblea Legislativa, que había sustituido ese mismo mes a la Asamblea Constituyente.

NOTAS

1. Cfr. J. Roger, *Ideas políticas de los católicos franceses* (Madrid, 1951), pág. 15 ss.

2. *Ibid.*, pág. 16.

3. J. Lortz, *Historia de la Iglesia* (Madrid, 1962), p. 519-520.

4. H. Foqueray, *op. cit.*, p. 119.

5. J. Roger, *op. cit.*, p. 52.

6. Edmundo Richer había publicado su obra “De la potestad eclesiástica y política”, en 1611. Cfr. *Enchiridium Symbolorum*, DB 1503, 1509.

7. V. de Richemont, *Correspondence de l'abbé de Salomon avec le Cardinal Zelada*. Citado por H. Fouqueray, *op. cit.*, p. 125-132. El documento de Bonnaud dice, entre otras cosas, lo siguiente; “En general, el clero francés es perseverante en su fe y obediente a la Santa Sede, pero desgraciadamente el espíritu del mundo y las ideas de los innovadores han puesto en muchas cabezas un ligero barniz filosófico. Sin querer, los hombres se contagian de las ideas de la sociedad, como ha sucedido siempre. En nuestro caso, el afán desmedido de libertad, que nuestros dirigentes han exagerado, y que nos ha llevado a esta situación por la que atravesamos, ha confundido a muchos de nuestros prelados más respetables, como ocurre con el Arzobispo de Arles, un hombre inteligente, o el Obispo de Clermont, un hombre de piedad, y del que otros se han servido hábilmente en varias ocasiones...”

Su santidad no debe responder directamente a los cismáticos que le han hecho llegar la carta a través de M. de Montmorin. Será más dig-

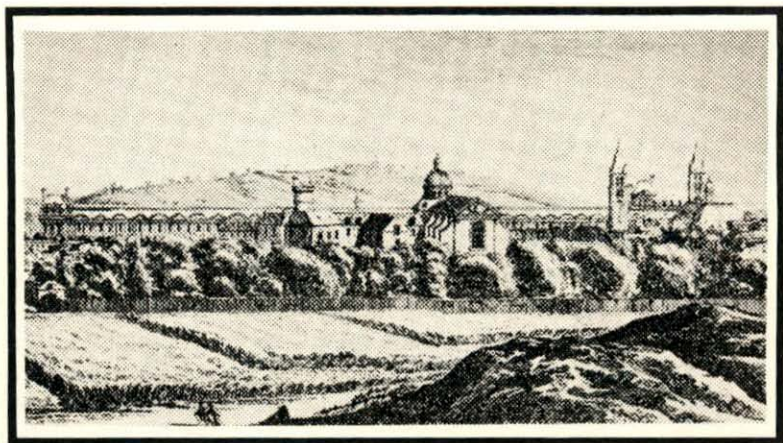


no del Jefe de la Iglesia el no responder a esos intrusos, que han hecho incluso su profesión de fe, sino a través de una carta dirigida a todos los Obispos de Francia. Lamourette, intruso de Lyon y, como se sabe expulsado de los Paules, tuvo la insolencia de decir en la Instrucción Pastoral del 16 de Julio de este año, que el Papa es hereje, y que su condena de la Constitución Civil del clero favorece la incredulidad. Esa blasfemia contra el Vicario de Cristo simplemente horroriza. “¿Cómo vamos a demorar más el cortar de la cuerpo de la Iglesia a estos malditos intrusos?”





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia





Convento de Carmelitas, en París,
según un grabado del siglo XVII.

MARTIRIO Y GLORIA DE UN DOMINICANO AUSENTE

La guerra contra Bohemia y Hungría, en Abril de 1792, da un nuevo giro a la situación política en Francia: los eclesiásticos son considerados agentes de la contra-revolución. Un mes después, los directorios de los departamentos quedan autorizados a deportar, con la petición de veinte ciudadanos, a cualquier sacerdote no juramentado por el delito de disturbio.

El ejército francés sufre varias derrotas en la frontera en el mes de Agosto de 1792, y el pueblo se ve obligado a tomar las armas para defenderse de la “traición” del clero y la nobleza, que una vez más se han aliado. La emigración de los sacerdotes y antiguos religiosos aumenta cada vez más, y Roma se convierte en el refugio obligado de los no-juramentados. Aunque el rey había puesto su veto a las sanciones del 29 de noviembre de 1791 contra los no-juramentados, cuando el pueblo irrumpe en Las Tullerías, la única defensa se debilita. Empieza entonces la persecución abierta contra los sacerdotes y obispos rebeldes. El día 10 de Agosto de 1792, la Comuna de París envía a las secciones la lista de obispos y sacerdotes rebeldes, o simplemente “sospechosos”, y comienzan los arres-



tos en masa en la Abbaye, en el Convento de Carmelitas, en el Seminario de Saint-Magloire, y en otros lugares que servían de refugio a los mismos. Había comenzado el régimen de terror.

Jacques Bonnaud era demasiado conocido como Vicario General de Lyon para que pasara desapercibido en París. Cuando los Jacobinos lograron el control de la Comuna de París, Jacques Danton, actuando como ministro de Justicia, ordena arrestar a todos los eclesiásticos opuestos a la juramentación, y desterrarlos a la Guyana, a no ser que la masa desbocada localice a un conocido sacerdote rebelde y lo ejecute en plena calle, como ocurrió en Marsella, sin que valieran para nada las súplicas del Obispo constitucional Monseñor Roux.

Ante el pánico general y la impotencia de la Asamblea, Marat da el toque de alerta y llama al pueblo a levantarse en armas contra el enemigo, en este caso, la nobleza y la Iglesia rebelde. La tragedia comenzó la tarde del domingo 2 de septiembre de 1792. Un grupo de seccionarios asaltó el carruaje en que conducían a la prisión a tres sacerdotes rebeldes y, arrebatándoselos a la custodia, los colgó en plena calle. Esa misma tarde, y durante toda la noche, comenzaron los juicios sumarios en los patios de las improvisadas prisiones de París, Versalles, Reims, Chalons, Meaux, Lyon, en fin, en toda Francia. Nobles, oficiales, malhechores comunes y como es natural, eclesiásticos, eran sometidos al mismo “juicio”. El improvisado tribunal hacía comparecer al reo y, si era sacerdote u Obispo, le preguntaba simplemente: “¿Has prestado juramento?” Si la respuesta era negativa, el reo era abatido a palos o traspasado con un sable.¹

En el patio en penumbra del antiguo Convento de Carmelitas —hoy ocupa ese lugar el Instituto Católico de París—, cayó abatido el Vicario General de Lyon, Jacques-Jules Bonnaud. No sabemos la hora, y probablemente la fecha (2 de septiembre de 1792) no sea tampoco exacta. Sólo sabemos que la masacre colectiva comenzó al atardecer del domingo 2 de septiembre y se prolongó durante 48 horas, aunque los juicios sumarios continuaron hasta el día 7.



La carnicería contra la aristocracia y los eclesiásticos, se centró en el Convento de Carmelitas, en la torre de Saint-Bernard, en el Châtelet, en el Seminario Saint-Firmin —donde estudió Teología el Beato Bonnaud—, en la Salpêtrière y en Bicêtre. Las víctimas pudieron ser unas cien mil, aunque algunos autores calculan una cifra aún mayor. En el Convento de Carmelitas cayeron 110, catorce de los cuales eran antiguos jesuitas; en el Seminario Saint-Firmin cayeron 77 eclesiásticos, siete de ellos jesuitas; en la cárcel improvisada de la Abadía de Saint-Germain y en la Force, cayeron dos jesuitas más en un total de 26 ejecutados.

El anciano Arzobispo de Arlés, Jean M. de Lau, y los obispos de Beauvais y Saintes, sucumbieron también en las cárceles de París en esas 48 horas trágicas de Septiembre de 1792, junto a Alexandre Lanfant, Guérin du Rocher, Nicolas-Marie Verron, Delfaut, Le Gué y Bonnaud. Sus vidas, e incluso la sinceridad de su entrega al martirio, quedaron ocultas en el anonimato de una lápida, al pie de la escalera de gastados peldaños del patio del Convento de Carmelitas, que dice simplemente: “Hic ceciderunt”.

En los relatos de la época, cargados con frecuencia de la emoción propia de la hagiografía, han quedado detalles de la muerte de esos cientos de sacerdotes. Uno de los testigos de las ejecuciones en la sección de Vaurigard, contaba: “No lo comprendo; tenían aspecto feliz. Iban a la muerte como quien va a unas bodas”.

Pío XI les incluyó en el catálogo de los Beatos el 17 de octubre de 1926, a los 124 años de su desaparición.

Tanto el Beato Bonnaud como sus 22 compañeros mártires de la Revolución Francesa, han sido calificados con frecuencia de “ex jesuitas”, por el hecho de haber muerto veinte años después de la supresión de la Compañía de Jesús, y algunos por no haber sido incorporados definitivamente a la orden. El mismo decreto de beatificación (17 de octubre de 1926) usa el mismo apelativo al referirse a los mártires de París y Lyon.



Sin embargo, como destaca R. Ravinel en su semblanza, los 23 jesuítas sacrificados entre los días 2 y 7 de septiembre de 1792, eran miembros auténticos de la Compañía de Jesús, y así se les conocía y reconocía ante los poderes públicos, el pueblo fiel y las restantes comunidades religiosas.

Jacques Bonnaud y sus 22 compañeros mártires son, además, auténticos mártires que “de alguna manera, participan del carácter de los innumerables mártires de los tiempos actuales, acusados de incivismo y tratados de enemigos del pueblo”.²

Aparte de las motivaciones de índole político que pudieron concurrir en la beatificación de Jacques Bonnaud y sus compañeros mártires de la Revolución Francesa, es indudable que la vida y la muerte de esos 23 jesuítas, así como la de miles que cayeron en ese Septiembre trágico, se convirtió en símbolo de la lucha del hombre por la Justicia. Aunque unos y otros lucharan por el establecimiento de una sociedad más justa, y la Iglesia representara un obstáculo para el logro de ese objetivo, los que cayeron en Septiembre de 1792 demostraron con su arrojo que no buscaban otra cosa que ver una Iglesia decidida a luchar por los hombres, y no enquistada en un bienestar malhabido.

La comunidad de los santos, la Iglesia, no es una comunidad de hombres sin pecado. En una comunidad así, como decía Dietrich Bonhoeffer, no hay lugar para la penitencia. La Iglesia es “una comunidad que debe probar que merece el Evangelio del perdón, y que constantemente y sinceramente proclama ese perdón de Dios”.³

Se ha dicho muchas veces que el mártir es una prueba más de garantía de que esa es la verdadera Iglesia, porque el dolor es la medida del compromiso cristiano. Muchos mártires desfilaron antes que Jacques Bonnaud. Muchos le han seguido y le seguirán, incluso en la misma tierra, y en la misma isla que le vio nacer un día de Octubre de 1740. Algunos, aparentemente, murieron por una causa que no era precisamente evangélica, o al menos, no era tan evangélica como hu-



biéramos querido nosotros a varios siglos de distancia. La Historia, y las circunstancias, nos ocultan muchas veces la verdad, o simplemente nos empañan la sinceridad de nuestros mártires. Su entrega, garantizada y coronada con el martirio, puede jugar un doble papel: puede ser una confesión de Fe que descubre a la verdadera Iglesia; y puede depurarla de sus manchas y enderezar su camino.

Jacques-Jules Bonnaud, y tantos otros que aún permanecen en el silencio o el anonimato, encabeza la lista de los nacidos en esta isla pequeña y partida, que han merecido el honor de ser reconocidos como modelos de Cristianismo. Son el fruto del sacrificio de tantos que supieron oír la voz de Montesinos, cuando la Justicia era el privilegio de unos pocos. Santo Domingo —sorteado entre franceses y españoles— ya tiene su Esteban.

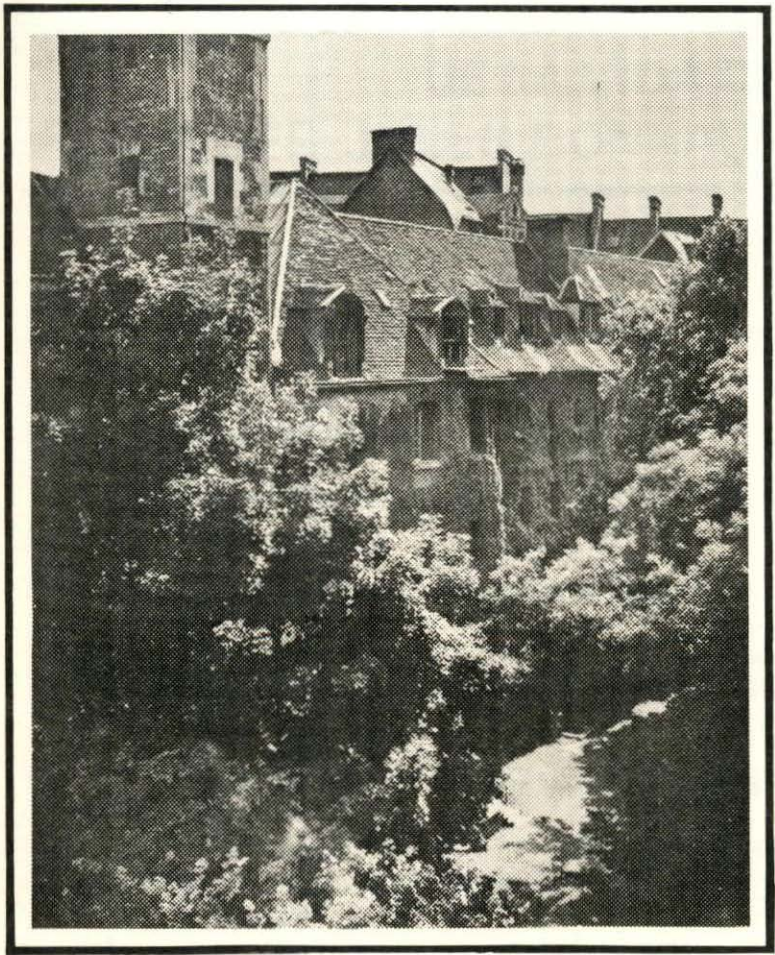
NOTAS

1. Henri Welschinger, *Les Martyrs de Septembre* (París, 1919), p. 73 ss.
2. H. Ravinel, *Semblanzas espirituales de los santos y beatos de la Compañía de Jesús* (Madrid, 1974), p. 30-31.
3. Dietrich Bonhoeffer. *The Cost of Discipleship* (New York, 1967) pág. 323.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia





Uno de los patios del antiguo
convento de Carmelitas
en la actualidad.

CRONOLOGIA DE LA VIDA DE JACQUES JULES BONNAUD

- 1740 (27 Octubre). Nace en Cap-Francais (actual Cap-Haitien), Jacques-Jules Bonnaud.
- 1758 (3 Mayo). Muere Benedicto XIV. Le sucede Clemènte XIII.
(20 Diciembre). Bonnaud ingresa en la Compañía de Jesús (París).
- 1759 (19 Enero). Expulsión de los Jesuítas de Portugal.
1760. Bonnaud pronuncia sus votos simples e inicia su magisterio en el Colegio de Quimper. Inglaterra declara la guerra a España.
- 1762 (1 Abril). El Parlamento Francés clausura los colegios de la Compañía de Jesús.
(7 Julio). Las tropas británicas se apoderan de La Habana.
(6 Agosto). Ante las amenazas de disolución de la Compañía de Jesús, Bonnaud ingresa en el Seminario Saint-Fermin (París) e inicia sus estudios de Teología.



1763. Termina la guerra de los siete años entre Inglaterra y Francia iniciada en mayo de 1756.
- 1764 (1 Diciembre). Disolución de la Compañía de Jesús en Francia. J. Bonnaud se traslada a Flandes y prosigue sus estudios.
Los jesuítas de Saint Domingue son expulsados de la colonia.
- 1769 (2 Febrero). Muere el Papa Clemente XIII. Le sucede (el 19 de mayo de 1769), Clemente XIV.
- 1773 (21 Julio). El papa publica el Breve "Dominus ac Redemptor", por el que suprime la Compañía de Jesús.
1774. Luis XVI y María Antonieta suben al trono de Francia. Muere el Papa Clemente XIV.
- 1775 (15 Febrero) Es elegido Papa Pío VI.
(24 Noviembre). Muere el P. General de la Compañía de Jesús Lorenzo Ricci.
- 1776 (28 Agosto). Firma del Tratado de Aranjuez sobre límites fronterizos entre las colonias francesa y española de la Isla de Santo Domingo.
1777. J. Bonnaud publica "Le Tartuffe épistolaire démasqué", con el seudónimo de Kokerburn.
1778. En alianza con Francia, España, declara la guerra a Inglaterra.
- 1782 (17 Octubre). La I Congregación General de la Compañía de Jesús en Polonia, elige al P. Stanislaw Czerniewicz como Vicario General.
- 1785 (18 Julio). Muere el P. Czerniewicz. La II Congregación General elige al P. Gabriel Lenkiewicz como Vicario General de la Compañía de Jesús en la dispersión.

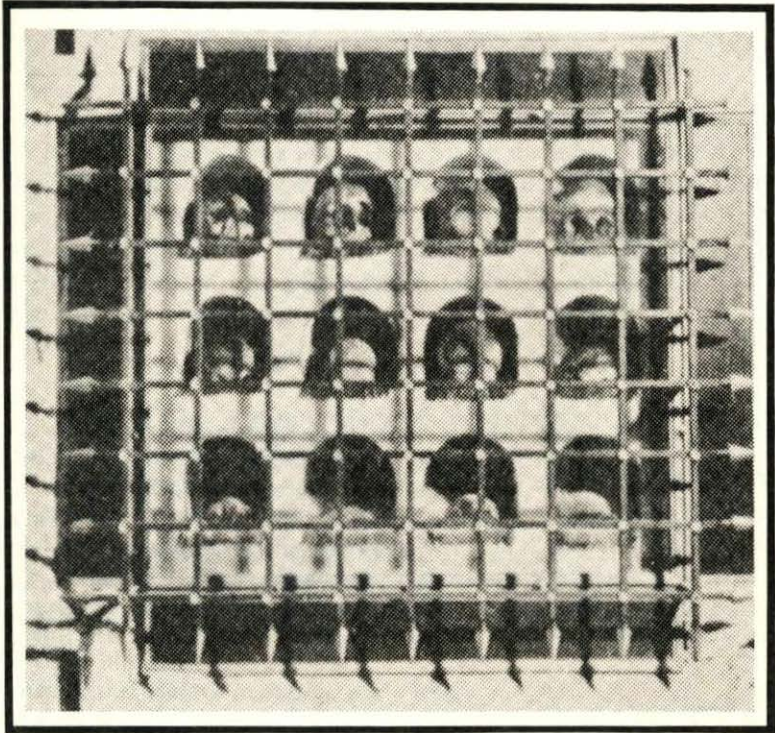


- 1789 (14 Julio). Toma de la Bastilla.
 (4 Agosto). Abolición de diezmos y privilegios eclesiásticos.
 (27 Agosto). Se promulgan los Derechos del Hombre y del Ciudadano.
- 1790 (29 Marzo). El Papa Pío VI condena los principios de la Revolución Francesa.
 (12 Julio). Se promulga la Nueva Constitución Civil del Clero de Francia.
- 1791 (24 Febrero). Consagración de los "Obispos constitucionales". Bonnaud publica su "Découverte importante sur le vrai systeme de la constitution du clergé decretée par l'Assemblée Nationale".
 (5 Octubre). Se promulga la Nueva Constitución de Francia. Jacques Bonnaud se encarga de la administración de la Diócesis de Lyon.
 (17 Octubre). La Asamblea Legislativa cierra la Facultad de Teología de la Sorbona.
- 1792 (12 Marzo). El Papa excomulga a los sacerdotes y Obispos juramentados. Bonnaud publica "Reclamation pour l'Eglise gallicane contre l'invasion des bien eclesiastiques et l'abolition de la dime".
 (24 Julio). La Ciudad de Cap-Français es escenario de las luchas en pro de la independencia de Haití.
 (25 Julio). El Duque de Brunswick amenaza destruir a París.
 (10 Agosto). Asalto a las Tullerías. Caída de la Monarquía Francesa.
 (2 Septiembre). Se inicia la persecución contra los eclesiásticos no juramentados por orden del ministro Danton. Jacques Bonnaud y otros 22 compañeros Jesuitas caen en diferentes cárceles de París.
 (22 Septiembre). Proclamación de la República Francesa.
- 1926 (17 Octubre). El Papa Pío XI beatifica a Jacques Bonnaud y sus compañeros mártires de París.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia





Osario de los mártires de
septiembre de 1792 en la cripta del
antiguo Convento de Carmelitas,
contiguo al Instituto Católico
de París. En la lápida de uno de los
mártires aparece la inscripción
siguiente:
Bonnaud, Jacobus Julius
Ex Insulis Americ
Vic. Gen. Archiep. Lugdunen.
Olim S.J.

APENDICE I

DECRETO *

DE BEATIFICACION

DE LOS MARTIRES DE PARIS

Letras Apostólicas por las que son nombrados Beatos los Venerables Siervos de Dios Juan María du Lau, Arzobispo de Arlés, Francisco José de la Rochefoucauld, Obispo de Beauvais, Pedro Luis de la Rochefoucauld, Obispo de Saintonges, y sus compañeros —entre los que se encuentran veintitrés antiguos miembros de la Compañía de Jesús— muertos en París por odio a la Fe.

Pío Papa XI
para perpetua memoria

La repugnante y miserable sedición, así como el derribo del orden público, que se originó en Francia a fines del siglo XVIII, mezcló todo lo sagrado y lo profano, y se ensañó no sólo contra el Rey y la nobleza, sino principalmente contra la Iglesia y sus ministros. Los hombres depravados, posesionados del poder por medios nefandos, bajo la falsa apariencia

*Acta Apostolicae Sedis, vol. XVIII, (1926), pp. 415-425.



de filosofía, trataron, ofuscados por el odio en que ardían contra la Iglesia, de borrar completamente el nombre cristiano. Así ardió la furia loca contra los Obispos, los prelados y los sacerdotes que rechazaban las inicuas leyes de secularización y profesaban la fe católica, y parecieron renovarse los tiempos de las antiguas persecuciones, de manera que la inmaculada Esposa de Dios, la Iglesia, brilló con nuevas, no menos que gloriosas coronas de mártires. Y, en verdad que, en París, aquella horrenda matanza, execrada por el constante consenso de los pueblos, a comienzos de Septiembre de 1792, manchó con tanta y tan noble sangre, el monasterio de los Carmelitas, el Seminario de San Fermín, la Abadía de San Germán y la cárcel vulgarmente llamada "La Force", que con entera razón puede considerarse como un verdadero y solemne martirio de los invictos héroes de Cristo asesinados por odio a la fe. En esa carnicería cayeron tres obispos. El primero, Juan María de Lau, nacido en la diócesis de Périgueux el año 1738, quien elevado a la sede arzobispal de Arlés, fue emulador, en la misma, de las virtudes del Arzobispo de Milán Carlos Borromeo mediante el gobierno de esa Iglesia, y habiendo venido a París, negándose a pronunciar el inicuo juramento, fue echado al monasterio de los Carmelitas, convertido en cárcel, y atravesado por las espadas de los impíos verdugos.

El otro, F.J. de la Rochefoucauld, nacido en 1736 en la diócesis de Angulema y nombrado obispo de Beauvais, insigne no menos por su doctrina que por su caridad, distribuyó todos sus bienes entre los pobres, y habiendo profesado de palabra y por escrito la fe católica, al negar el juramento, fue también preso en el monasterio de los Carmelitas y cayó sin vida al recibir una herida mortal, sobre el cuerpo de su hermano. El tercero, P.L. de la Rochefoucauld, hermano del anterior, nacido en 1744, que ocupaba la sede episcopal de Saintonges y había reprobado acérrimamente como defensor de la fe los errores de los jansenistas, fue aprendido con su hermano, y negándose al juramento, fue degollado por los verdugos. Junto con estos tres obispos, fueron muertos muchos sacerdotes, tanto seculares como regulares, vicarios, párrocos, canónigos y también algunos fieles distinguidos por la dignidad de los cargos públicos que ostentaban. Consta que todos ellos fue-



ron asesinados por odio a la fe. Porque, los verdugos sentados en tribunal, unas veces llamaban a cada uno, y al negarse al juramento, eran entregados a los sicarios en el atrio; otras, despreciada toda apariencia de proceso jurídico, los entregaban a la muerte con el hierro que los degollaba. Inmediatamente comenzaron a ser llamados mártires por sus contemporáneos y sucesores, como preclaros afirmadores de la fe, y al aumentar de día en día la fama de su santidad y martirio, se invocó la causa para darles a estos siervos de Dios los honores de los Beatos.

El día 14 de enero de 1916, nuestro antecesor, el Papa Benedicto XV, autorizó con su firma una comisión para presentar la causa introductoria. Al proponerse la cuestión del martirio, con constancia de los nombres, tanto de los tres obispos nombrados como de 188 compañeros, que se nombran más abajo, al saberse que su asesinato ocurrió en odio del nombre cristiano, y que solamente la Fe fue su causa, Nosotros, por un solemne decreto dado el 1ro. de octubre del año pasado, pronunciamos la constancia de su martirio. En consecuencia, al haberse dado el juicio acerca del martirio, quedaba por discutir el ruego a los cardenales y consultores de la Sagrada Congregación, para que consideraran si, dada la aprobación de los milagros, juzgaban poderse proceder seguramente a la solemne beatificación de los mismos venerables Siervos de Dios.

Esto lo hizo nuestro venerable hermano Vicente Cardenal Vanutelli, de la Santa Iglesia Romana, Obispo de Ostia y Preneste, decano del Sacro Colegio, relator de la causa, en los comicios generales tenidos en nuestra presencia en el Vaticano el 5 de octubre del presente año. Todos los presentes, tanto cardenales como padres consultores, con unánime consentimiento, contestaron afirmativamente. Con todo, diferimos manifestar nuestro juicio en un asunto de tanta importancia, hasta impetrar el auxilio de la divina sabiduría del Padre de las luces. Y habiéndolo hecho con intensa oración, por fin, el siete de este mes y año, celebrada debidamente la Sagrada Eucaristía, llamados y presentes los venerables hermanos nuestros Antonio Vico, Cardenal de la Santa Iglesia Romana, Obispo de



Porto y de Santa Rufina, Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, y Vicente Vannutelli, Cardenal de la Santa Iglesia Romana, Obispo de Ostia y de Preneste, Decano del Sacro Colegio, Relator de la causa, y también los amados hijos Angel Mariani, Secretario de la misma Congregación de Ritos, y Carlos Salotti, Promotor General de la Fe, solemnemente declaramos que se puede proceder con seguridad a la solemne beatificación de los venerables Siervos de Dios que abajo se nombran.

Con ésto, movidos también por los ruegos del Arzobispo de París y de los arzobispos y obispos de toda Francia, y del clero, tanto secular como regular de la misma nación, con nuestra autoridad apostólica, en virtud de las presentes letras, damos facultad para que en adelante se llamen Beatos los noventa y cinco siervos de Dios muertos en el Convento de los Carmelitas, a saber:

I. **Juan María de Lau**, arzobispo de Arlés. II. **Francisco José de la Rochefoucauld**, obispo de Beauvais. III. **Pedro Luis de la Rochefoucauld**, obispo de Saintonges. IV. **Vicente Abraham**, sacerdote, párroco en la diócesis de Reims. V. **Andrés Angar**, vicario en la parroquia parisiense de San Salvador. VI. **Juan Bautista Claudio Aubert**, de la parroquia de Nuestra Señora, curial, en la ciudad de Pontoise de la diócesis de Versailles. VII. **Francisco Balmain**, nacido en la diócesis de Nevers, antiguo miembro de la Compañía, que vivía en París. VIII. **Juan Pedro Bangué**, nacido en la diócesis de Besanzón, capellán del hospital parisino de Santiago. IX. **Ambrosio Agustín Chevreux**, superior supremo de la Congregación Benedictina de San Mauro en París. X. **Luis Barreau de la Touche**, monje de la misma Congregación. XI. **René Julián Massey**, monje de la misma Congregación. XII. **Luis Francisco Andrés Barret**, de la diócesis de Aviñón, sacerdote, afectado a la parroquia parisina de San Roque. XIII. **José Bécavin**, sacerdote de la diócesis de Nantes. XIV. **Carlos Jeremías Béraud del Perú**, nacido en la diócesis de La Rochela, antiguo miembro de la Compañía de Jesús, luego eudista. XV. **Roberto le Bis**, de la diócesis de Constanza, párroco de San Dionisio en la población de Briis sous Forges. XVI. **Santiago Julio Bonnaud**, na-



cido en la arquidiócesis de Santo Domingo, antiguo miembro de la Compañía de Jesús, vicario general de Lyon. XVII. **Luis Alejo Marías Boubert**, nacido en la diócesis de Ambia, diácono, ecónomo de la sociedad de clérigos de San Sulpicio. XVIII. **Juan Antonio Savine**, nacido en la diócesis de Gap, director de la sociedad de clérigos de San Sulpicio. XIX. **Juan Antonio Jacinco Boucarens de Chaumeils**, nacido en la diócesis de Puy-en-Velay-, vicario general de Viviers. XX. **Juan Francisco Bousquet**, nacido en la diócesis de Carcasona, sacerdote que vivía en París. XXI. **Juan Francisco Burté**, procurador de la Orden de Menores Conventales, París. XXII. **Claudio Cayx-Dumas**, de la diócesis de Cahors, antiguo miembro de la Compañía de Jesús, director de las Vírgenes Ursulinas de San Claudio en la diócesis de Versailles. XXIII. **Juan Char-ton de Millou**, nacido en Lyon, antiguo miembro de la Compañía de Jesús, confesor de las religiosas del Santísimo Sacramento en París.

XXIV. **Claudio Chaudet**, de la diócesis de Aix, afecto a la parroquia de S. Nicolás de los Campos, en París. XXV. **Nicolás Clairet**, de la diócesis de Constanza, capellán en el Hospital de los Incurables, en París. XXVI. **Santiago Alejandro Menuret**, nacido en la diócesis de Valencia, superior de la casa San Francisco de Sales en la ciudad de Yssy, cerca de París. XXVII. **Claudio Colín**, superior del hospicio y capellán en el altar de San Eutropio en Nuestra Señora de París. XXVIII. **Pedro Luis José Verrier**, de la diócesis de Cambrai, presbítero de la casa de San Francisco de Sales en la ciudad de Issy. XXIX. **Bernardo Francisco de Cuczac**, de la arquidiócesis de Tolosa, de la sociedad de San Sulpicio, director del seminario filosófico en París. XXX. **Francisco Dardan**, de la diócesis de Bayona, confesor del colegio de Santa Bárbara. XXXI. **Guillermo Antonio Delfaut** (con más frecuencia se escribe Delfaud), antiguo miembro de la Compañía de Jesús, arcipreste en la diócesis de Périgueux. XXXII. **Maturino Victor Deruelle**, en París, presbítero de la parroquia de San Gervasio. XXXIII. **Gabriel Desprez de Roche**, nacido en la diócesis de Nevers, sacerdote de la congregación de San Sulpicio. XXXIV. **Tomás Nicolás Dubray**, nacido en la diócesis de Beauvais, sacerdote de la congregación de San Sulpicio. XXXV. **Tomás René Dubuis-**



son, nacido en la diócesis de Laval (?), párroco de San Dionisio en la ciudad de Barville de la arquidiócesis de Orleans. XXXVI. **Francisco Dumasrambaud de Calandelle**, secretario del obispo de la diócesis de Limoges. XXXVII. **Enrique Hipólito Ermes**, nacido en París, vicario de la parroquia de San Andrés de los Arcos. XXXVIII. **Armando de Foucauld de Pontbriand**, de la diócesis de Périgueux, vicario general de Arlés. XXXIX. **Claudio Francisco Gagnieres des Granges**, nacido en la diócesis Camberriense, presbítero de la casa de San Francisco de Sales en París, antiguo miembro de la **Compañía de Jesús**. XL. **Santiago Gabriel Balais**, de la diócesis de Angers, de la congregación de San Sulpicio, director del seminario de los Robertinos. XLI. **Pedro Gauguin**, nacido en la arquidiócesis de Tours, de la sociedad de San Sulpicio, prefecto de la biblioteca de Yssy. XLII. **Luis Lorenzo Gaultier**, nacido en la diócesis de Rennes, capellán del Hospital de Incurables en París.

XLIII. **Jorge Girault**, nacido en la diócesis de Ruán (Padre Severino entre los Franciscanos de la Tercera Orden), confesor de las religiosas de Santa Isabel en París. XLIV. **Juan Goizet**, arcipreste de la parroquia de Nuestra Señora en la ciudad de Niort en la diócesis de Poitiers. XLV. **Pedro Landry**, vicario en la misma parroquia de Nuestra Señora, en la diócesis de Poitiers. XLVI. **Juan Felipe Marchand**, nacido en la diócesis de La Rochela, y vicario de la parroquia de Nuestra Señora en la ciudad de Niort de la diócesis de Poitiers. XLVII. **Andrés Grasset de Saint Sauveur**, nacido en Montréal, Canadá, canónigo de la Iglesia Catedral de Sens. XLVIII. **Carlos Francisco Le Gue**, de la arquidiócesis de Rennes, antiguo miembro de la **Compañía de Jesús**, predicador en París. XLIX. **Pedro Miguel Guérin**, de la diócesis de la Rochela, de la sociedad de San Sulpicio, director del Seminario de Nantes. L. **Juan Antonio Guilleminet**, de la diócesis de Montpellier, vicario de la parroquia de San Roque en París. LI. **Francisco Luis Hébert**, de la diócesis de Bayeux, vicario superior general de la congregación de los Eudistas. LII. **Santiago Esteban Felipe Hourrier**, de la diócesis de Amiens, de la sociedad de San Sulpicio, prefecto del seminario de "Laon" en París. LIII. **Juan Bautista Jannin**, nacido en la diócesis de Coutances, sacerdote del hospital parisiense de la Salpetriere. LIV. **Juan Lacan**,



de la diócesis de Rodez, sacerdote en el hospital llamado de la Piedad en París. LV. **Claudio Antonio Rodolfo Laporte**, de la diócesis de Quimper, antiguo miembro de la Compañía de Jesús, vicario de San Luis en la ciudad de Brest. LVI. **Francisco Lefranc**, de la diócesis de Bayeux, Eudista, superior del seminario y vicario general de la diócesis de Coutances. LVII. **Guillermo Nicolás Luis Leclerq**, de la diócesis de Arras, en la religión hermano Salomón, de la congregación de las Escuelas Cristianas. LVIII. **Oliverio Lefebvre**, nacido en la diócesis de Bayeux, sacerdote del hospital en París llamado de la Misericordia. LIX. **Urbano Lefebvre**, de la arquidiócesis de Tours, presbítero de la sociedad de las Misiones para infieles, afectado luego al clero de San Eustaquio en París. LX. **Santiago José Lejardinier des Landes**, de la diócesis de Sees, párroco en San Nicolás en la ciudad de “La Feuille” de la diócesis de Coutances. LXI. **Francisco César Londiveau**, vicario de la parroquia del lugar “Evaillé” en la diócesis de Le Mans. LXII. **Luis Longuet**, de la diócesis de Bayeux, canónigo de San Martín en la arquidiócesis de Tours. LXIII. **Santiago Francisco de Lubersac**, de la diócesis de Périgueux, limosnero de Victoria hija de Luis XV. LXIV. **Enrique Augusto Luzeau** de la **Mulonniere**, nacido en la diócesis de Nantes, de la sociedad de San Sulpicio, director del seminario de Angers. LXV. **Gaspar Claudio Maignien**, de la arquidiócesis de Besanzón, párroco del lugar “La Villeneuve du Roi” en la diócesis de Beauvais.

LXVI. **Luis Mauduit**, párroco en San Pedro del lugar “Noyers”, de la diócesis de Orleans. LXVII. **Francisco Luis Méallet de Fargues**, de la diócesis de San Floro, vicario general de la diócesis de Clermont. LXVIII. **Santiago Juan Le Meunier**, vicario de Nuestra Señora en la ciudad “Mortagne”, de la diócesis de Sées dentro de sus límites. LXIX. **Juan Jacobo Morel** (Padre Apolinar entre los hermanos menores capuchinos), nacido en la diócesis de Friburgo, vicario de los alemanes en la parroquia de San Sulpicio de París. LXX. **Juan Bautista Nativelle**, de la diócesis de Bayeux, vicario en San Martín de Longjumeau de la diócesis de Versailles. LXXI. **René Nativelle**, hermano del dicho Juan, vicario de San Dionisio en la ciudad “Argenteuil” de la diócesis de Versailles. LXXII. **Nezel**, clérigo nacido en París, profesor en San Sulpicio de Yssy, cer-



ca de París. LXXIII. **Matías Agustín Nogier**, de la diócesis de Le Puy-en-Velay, sacerdote en las Ursulinas de París. LXXIV. **José Tomás Pazery de Thorame**, de la diócesis de Aix, vicedecono en el capítulo de la catedral de Blois. LXXV. **Pedro Francisco Pazery de Thorame**, tío de los dos precedentes siervos de Dios, vicario general de la diócesis de Arlés. LXXVI. **Julio Honorato Cipriano Pazery de Thorame**, hermano de José Tomás, vicario general de Tolón, en la diócesis de Fréjus. LXXVII. **Pedro Ploquin**, vicario en el lugar “Druyle” de la arquidiócesis de Tours. LXXVIII. **Juan Bautista Miguel Pontus**, de la diócesis de Coutances, presbítero de la sociedad de San Sulpicio, París. LXXIX. **René Nicolás Poret**, de la diócesis de Bayeux, párroco en la ciudad “Boitron” de la diócesis de Sées.

LXXX. **Julián Poulain de Launay**, de la diócesis de Bayeux, presbítero de la parroquia de Todos los Santos en la ciudad arzobispal de Rennes. LXXXI. **Pedro Nicolás Psalmon**, de la arquidiócesis de Ruán, de la sociedad de San Sulpicio, superior del seminario de Laon, en París. LXXXII. **Juan Roberto Quéneau**, párroco de la ciudad “Allonnes” en la diócesis de Angers. LXXXIII. **Esteban Francisco Diosdado de Ravinel**, de la diócesis de Bayeux, diácono en el seminario de San Sulpicio, París. LXXXIV. **Santiago Agustín Robert de Lezardiere**, de la diócesis de Luçon, diácono en el seminario de San Sulpicio, París. LXXXV. **Claudio Rousseau**, parisiense, presbítero de la sociedad de San Sulpicio, prefecto en el seminario de Laon, en París. LXXXVI. **Vicente José Le Rousseau**, de la diócesis de Quimper, antiguo miembro de la **Compañía de Jesús**, director de las confesiones de las religiosas de la Visitación en París. LXXXVII. **Francisco Urbano Salin de Niart**, de la diócesis de Estrasburgo, canónigo en el lugar Saint Lisier de Conseraus”, de la diócesis de Pamiers. LXXXVIII. **Juan Antonio Barnabás Séguin**, de la arquidiócesis de Aviñón, vicario de la parroquia de San Andrés de los Arcos, en París. LXXXIX. **Juan Enrique Luis Samson**, de la diócesis de Coutances, vicario en la ciudad de “Caen” en la diócesis de Bayux. XC. **Juan n Bautista Marfa Tessier**, nacido en la diócesis de Chartres, presbítero de la sociedad de San Sulpicio de París.

XCI. **Tomás Loup***, llamado **Bonnotte**, antiguo miem-



bro de la Compañía de Jesús, nacido en la diócesis de Nevers, confesor de las Ursulinas en París. XCII. **Carlos Regis Mateo conde de Valfons de la Calmette**, nacido en la diócesis de Nimes, general retirado que vivía en París. XCIII. **Maturino Nicolás de la Villecrohain Le Bous de Villeneuve**, nacido en la diócesis de Rennes, antiguo miembro de la Compañía de Jesús, director de las Monjas del Calvario, en París. XCIV. **Francisco VareilheDuteil**, nacido en la diócesis de Limoges, antiguo miembro de la Compañía de Jesús, que vivía en la piadosa casa de San Francisco de Sales en el lugar de “Issy” cerca de París. XCV. **Santiago Friteyre-Durvé**, nacido en la diócesis de Clermont, antiguo miembro de la Compañía de Jesús, misionero que vivía en París.

Y de modo semejante setenta y dos siervos de Dios, en el Seminario de San Fermín, que había sido casa de la congregación de la Misión de San Vicente de Paúl, fueron asesinados; a saber: I. **Andrés Abel Alricy**, sacerdote octogenario, nacido en la diócesis de Grenoble, del clero de San Medardo. II. **René María Andrieux de Rennes**, antiguo miembro de la Compañía de Jesús, superior de la comunidad en San Nicolás del Chardonnet, París. III. **Nicolás Bize**, nacido en Versalles, rector del seminario de San Nicolás del Chardonnet en París.

IV. **Esteban Miguel Gillet**, parisiense, presbítero de la comunidad, de San Nicolás del Chardonnet. V. **Luis Juan Mateo Lanier**, nacido en la diócesis de Laval, prefecto en el mismo seminario de San Nicolás del Chardonnet. VI. **Carlos Víctor Veret**, nacido en Sées, diácono de la comunidad de San Nicolás del Chardonnet. VII. **Pedro Pablo Balzac**, parisiense, en la parroquia de San Nicolás del Chardonnet, presbítero. VIII. **José Luis Oviéfyve**, de París, presbítero en dicha parroquia de San Nicolás del Chardonnet. IX. **Juan Francisco María Benoit**, llamado **Voorlat**, nacido en Lyon, antiguo miembro de la Compañía de Jesús, director espiritual de las religiosas de la Perpetua Adoración del Santísimo Sacramento. X. **Juan**

*Propiamente se llamaba **Lupus**, nombre de bautismo, **Tomás**, nombre de familia.



Carlos María Bernard, de la diócesis de Nantes, canónigo regular, y encargado de la biblioteca de la abadía de San Víctor, en París. XI. **Miguel Andrés Silvestre Binard**, nacido en la diócesis de Coutances; doctor en París en el Colegio de Navarra. XII. **Claudio Bochot**, nacido en la diócesis de Troyes, director de los Padres de la Doctrina Cristiana en París. XIII. **Eustaquio Félix**, nacido en la misma diócesis, procurador de los Padres de la Doctrina Cristiana en París. XIV. **Juan Francisco Bonnel de Pradal**, nacido en la diócesis de Pamiers, canónigo regular en Santa Genoveva de París. XV. **Claudio Ponce**, de la diócesis de Le Puy-en-Velay, canónigo regular de Santa Genoveva en París. XVI. **Pedro Bonsé**, parisiense, párroco en San Sulpicio en la ciudad de “Massy”, diócesis de Versalles.

XVII. **Pedro Briquet**, de la diócesis de Soissons, doctor de teología en el Colegio de Navarra, París. XVIII. **Pedro Briese**, de la diócesis de Beauvais, canónigo de la iglesia catedral, penitenciario mayor. XIX. **Carlos Carnus**, de la diócesis de Rodez, profesor jubilado en el Colegio Real. XX. **Juan Carlos Caron**, de la diócesis de Arras, párroco en la ciudad “Collégien” de la diócesis de Meaux. XXI. **Bertrán Antonio de Caupenne**, de la diócesis de Auch, vicario de la ciudad “Montmagny” en la diócesis de Versalles. XXII. **Nicolás Colin**, párroco del lugar “Genevrières” de la diócesis de Langres. XXIII. **Sebastián Desbrielles**, de la arquidiócesis de Bourges, maestro de las escuelas en hospital parisiense de la Piedad. XXIV. **Juan Pedro Duval**, igualmente maestro en las escuelas del mismo hospital. XXV. **Luis Francisco Rigot**, nacido en Amiens, sacristán del mismo hospital. XXVI. **Santiago Dufour**, de la diócesis de Coutances, vicario en San Remigio del lugar “Maisons” de la arquidiócesis de París. XXVII. **Dionisio Claudio Duval**, nacido en la ciudad “Saint Etienne-du-Mont” en la misma diócesis, vicario de la parroquia de San Esteban en la arquidiócesis de París. XXVIII. **José Falcoz**, nacido en la diócesis de Mariana, sacerdote afecto a los hospitales de París.

XXIX. **Gilberto Juan Fautrel**, de la diócesis de Coutances, capellán del hospicio para niños abandonados en el suburbio de San Antonio de París. XXX. **Filiberto Fougères**, nacido en París, párroco en San Lorenzo de la diócesis de Nevers. XXXI.



Luis José François, nacido en la diócesis de Cambrai, director del seminario parisiense de San Fermín. XXXII. **Pedro Juan Garrigoux**, de la diócesis de Rodez, presbítero del clero de París. XXXIII. **Nicolás Gaudreau**, parisiense, párroco de la ciudad "Vert le petit" en la diócesis de Versailles. XXXIV. **Jorge Jerónimo Giroust**, nacido en la diócesis de Meaux, vicario del lugar "Gennevilliers" en la arquidiócesis de París. XXXV. **José María Gros**, de la arquidiócesis de Lyon, párroco en San Nicolás del Chardonnet de París. XXXVI. **Juan Enrique Gruyer**, nacido en la diócesis de Saint-Claude, de la congregación de la Misión, vicario en la diócesis de San Luis de Versailles. XXXVII. **Pedro Miguel Guérin du Rocher**, antiguo miembro de la Compañía de Jesús, nacido en la diócesis de Sées, director de la casa para los recién convertidos a la fe católica, en París. XXXVIII. **Roberto Francisco Guérin du Rocher**, hermano del sobredicho Pedro Miguel, antiguo miembro de la Compañía de Jesús, que vivía en París. XXXIX. **Ivo Andrés Guillon de Keranrum**, nacido en la diócesis de Saint-Brieuc, encargado del Colegio de Navarra, y vicescanciller del Ateneo de París. XL. **Julián Francisco Hédouin**, de la diócesis de Coutances, sacerdote dedicado a las monjas en París.

XLII. **Pedro Francisco Hénocq**, nacido en la diócesis de Amiens, doctor en el colegio llamado del Cardenal Lemoine, en París. XLII. **Eligio Herque du Roule**, de la arquidiócesis de Lyon, antiguo miembro de la Compañía de Jesús, capellán del hospital parisiense llamado de la Piedad. XLIII. **Pedro Luis Joret**, presbítero. XLIV. **Juan Pedro Le Laisant**, nacido en la diócesis de Coutances, vicario de San Dionisio en la ciudad de Dugny de la arquidiócesis de París. XLV. **Julián Le Laisant**, hermano del antedicho Juan Pedro, vicario en la ciudad de Videcosville de la arquidiócesis de París. XLVI. **Gilberto Luis Sinforiano Lanchon**, nacido en la diócesis de Coutances, director espiritual de las religiosas de Puerto Real en París. XLVII. **Santiago de la Lande**, de la diócesis de Sées, párroco del lugar "Illiers-l'Eveque" la diócesis de Evreux. XLVIII. **Juan José de Laveze Belay**, nacido en la diócesis de Viviers, vicario en el hospital parisiense vulgarmente llamado "Hotel Dieu" XLIX. **Miguel Leber**, parisiense, curial de la parroquia de Santa Magdalena en el lugar "Ville-L'Eveque" de



París. L. **Pedro Florencio Leclercq** o **Clerq**, nacido en la diócesis de Amienx, presbítero en el seminario de San Nicolás de Chardonnet en París. LI. **Juan Carlos Legrand**, parisiense, profesor de filosofía en el colegio llamado de Lixieux en París.

LII. **Juan Lemaitre**, nacido en la diócesis de Bayeux, recién ordenado de sacerdote en París. LIII. **Juan Tomás Leroy**, nacido en la diócesis de Chalons, prior párroco de la Ferté-Gaucher en la diócesis de Meaux. LIV. **Martín Francisco Alejo Loublier**, párroco del lugar “Condé-sur-Sarthe” de la diócesis de Sées. LV. **Claudio Silvano Mayeneaud de Bisefranc**, nacido en la diócesis de Autún, sacerdote predicador en la comunidad de San Roque, París. LVI. **Claudio Luis Marmotant de Savigny**, parisiense, párroco del lugar “Compans La Ville” de la diócesis de Meaux. LVII. **Enrique Juan Millet**, parisiense, vicario de la iglesia en San Severino de París. LIX. **María Francisco Mouffle**, parisiense, vicario de la parroquia de S. Merry. LX. **Juan Miguel Philipot**, parisiense, afecto al Colegio de Navarra, en París, sacerdote. LXI. **Pedro Claudio Pottier**, nacido en la ciudad del Havre, miembro de la congregación de los Eudistas, director del gran seminario de la arquidiócesis de Ruán. LXII. **Santiago Leonor Rabé**, nacido en la diócesis de Coutances, vicario del hospicio de París para niños abandonados.

LXIII. **Pedro Roberto Regnet**, nacido en la ciudad de Cherburgo, presbítero en la diócesis de Coutances. LXIV. **Ivo Juan Pedro Rey de Kervisic**, nacido en la diócesis de Saint-Brieuc, vicario en París de Santiago “du Haut Pas”. LXV. **Nicolás Carlos Roussel**, presbítero en el seminario de San Nicolás del Chardonnet de París. LXVI. **Pedro Saint-James**, nacido en la ciudad de Caen, limosnero en el hospital parisiense de la Piedad. LXVII. **Santiago Luis Schmid**, parisiense, párroco en San Juan Evangelista de París. LXVIII. **Juan Antonio Seconds**, nacido en la diócesis de Rodez, antiguo miembro de la Compañía de Jesús, sacerdote en el hospital de La Piedad en París. LXIX. **Pedro Santiago de Turmenyes**, nacido en la diócesis de Ruán, maestro y presbítero de la gran Casa de Navarra en París. LXX. **René José Urvoy**, de la diócesis de Saint-Brieuc, sacerdote maestro de conferencias en el seminario de Los Treinta y tres, de París. LXXI. **Nicolás Verron**, de



la diócesis de Quimper, antiguo miembro de la Compañía de Jesús, director espiritual de las religiosas de Santa Aura, en París, LXXII. **Juan Antonio José de Villette**, nacido en la diócesis de Cambrai, caballero de San Luis, general retirado, que vivía en París.

Igualmente veintiún siervos de Dios, que en la cárcel de la abadía de San Germán fueron asesinados: I. **Daniel Luis Andrés des Pommerayes**, nacido en la diócesis de Ruán, vicario en la parroquia de San Pablo de París. II. **Luis Remigio Benoist**, nacido en París, vicario en la parroquia de San Pablo de la misma ciudad. III. **Luis Remigio Nicolás Benoist**, hermano del sobredicho y vicario de la misma parroquia de San Pablo. IV. **Juan Andrés Capeau**, de la arquidiócesis de Aviñón, vicario de la citada parroquia de San Pablo. V. **Antonio Carlos Octavio de Bouzet**, de la diócesis de Auch, vicario general de la arquidiócesis de Reims. VI. **Armando Chap de Rastignac**, de la diócesis de Périgueux, vicario general de la diócesis de Arlés. VII. **Luis le Danois**, de la diócesis de Coutances, vicario de la parroquia parisina de San Roque. VIII. **Claudio Fontaine**, parisiense, vicario de la parroquia de Santiago “de la Boucherie”. IX. **Pedro Luis Gervais**, de la arquidiócesis de Ruán, secretario del arzobispo de París. X. **Santos Huré**, nacido en la diócesis de Versalles, presbítero que vivía en París.

XI. **Carlos Luis Hurtrel**, nacido en París, sacerdote de la orden de los Mínimos. XII. **Luis Benjamín Hurtrel**, diácono, hermano del anterior. XIII. **Ana Alejandro Carlos María Lanfant**, nacido en Lyon, antiguo miembro de la Compañía de Jesús, predicador, sagrado en París. XIV. **Laurent**, sacerdote, educador de niños sordomudos, en París. XV. **Tomás Juan Monsain**, nacido en la diócesis de Bayeux, vicario en la parroquia de San Roque, de París. XVI. **Francisco José Pey**, de la diócesis de Fréjus, vicario de la iglesia “S. Landry”, de París. XVII. **Juan José Rateau**, de la arquidiócesis de Burdeos, presbítero que vivía en París. XVIII. **Marcos Luis Royer**, parisiense, párroco en su ciudad de la parroquia de San Juan “en Greve”. XIX. **Juan Luis Guyard de Saint Clair**, nacido en la diócesis de Sées, canónigo de la diócesis de Beauvais. XX. **Juan Pedro Simon**, parisiense, párroco jubilado, erudito en París,



canónigo en el cabildo de Nuestra Señora. XXI. **Pedro Santiago María Vitalis**, nacido en la arquidiócesis de Aviñón, vicario en la iglesia de “Saint Merry” de París.

Por último, tres siervos de Dios asesinados en la cárcel llamada “La Force”, a saber:

I. **Juan Bautista Bottex**, nacido en la diócesis de Belley, párroco de la ciudad de Neuville-sur-Ain. II. **Miguel Francisco de la Gardette**, de la diócesis de Clermont, vicario de la parroquia parisina de San Gervasio. III. **Francisco Jacinto Le Livec de Trésurin**, nacido en la diócesis de Quimper, antiguo miembro de la Compañía de Jesús, sacerdote en las Hijas del Calvario de París.

A todos estos cuerpos y reliquias, si quedan algunas, concedemos —aunque no llevarlas en las solemnes súplicas— que se expongan a la veneración pública de los fieles y que sus imágenes se adornen con rayos. Además, con la misma autoridad nuestra, damos facultad para que de ellos se celebren oficio y misa del común de varios mártires, según las rúbricas del Misal y del Breviario romanos. Mandamos que el rezo de tal oficio y la celebración de la Misa se haga obligatoriamente solo en la arquidiócesis de París, donde todos los cientos noventa y un siervos de Dios padecieron el martirio y en las diócesis donde cada uno de ellos nació y vivió, y cuanto a los venerables siervos de Dios pertenecientes a las congregaciones religiosas o a las órdenes regulares, en todos los templos y capillas, y casas piadosas en cualquier lugar del mundo, que pertenezcan respectivamente a las congregaciones u órdenes de que fueron miembros los mismos siervos de Dios, por todos los fieles tanto seculares como regulares, que están obligados al rezo de las horas; y en cuanto atañe a las Misas por los sacerdotes que acudan al templo en que se celebre la fiesta de los mismos beatos.

Finalmente concedemos que las solemnidades de la beatificación de los mismos siervos de Dios se hagan con el Oficio y la Misa de rito doble mayor, y esto lo otorgamos en las predichas diócesis y templos u oratorios que dijimos, el día



que ha de señalar el respectivo Ordinario, dentro del año en que han sido celebradas las mismas solemnidades en la basílica patriarcal Vaticana. Sin que obsten las constituciones y ordenaciones apostólicas ni los decretos de no culto dados y todo lo demás que se oponga. Y queremos que a los ejemplares de estas Letras, aun impresas, con tal de que vayan suscritos por mano del secretario de la Sagrada Congregación de Ritos y provistos con el sello del Prefecto de la misma Congregación, incluso en las discusiones judiciales, se les conceda enteramente la misma fe que se tendría a la significación de nuestra voluntad con la muestra de estas Letras.

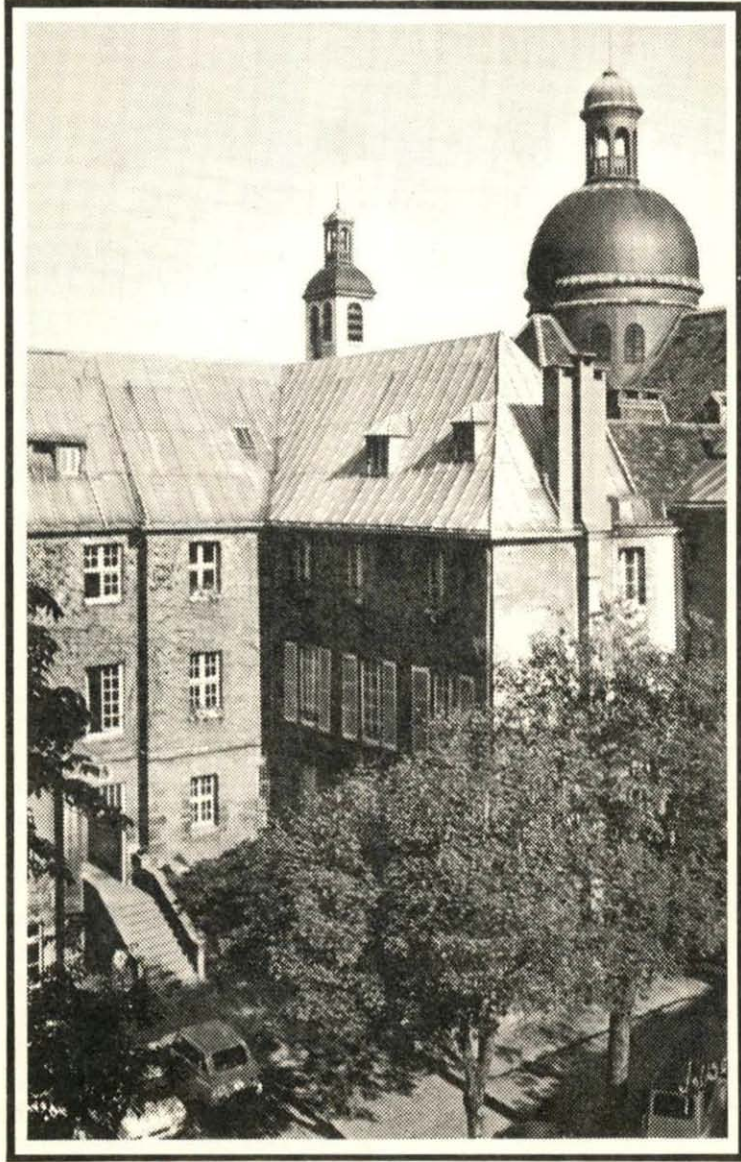
Dado en Roma junto a San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el día XVII del mes de octubre, año MCMXXVI, quinto de nuestro Pontificado.

P.Card.Gasparri, secretario de Estado.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia





Fachada del
Instituto Católico de París.

APENDICE II

CARTA DEL PRESBITERO BONNAUD VICARIO GENERAL DE LYON AL PRESBITERO DE SALAMON

Señor presbítero:

La confianza de que Ud. ha querido darme testimonio me decide a comunicarle algunas observaciones, cuya importancia notará y que se refieren a los asuntos de la Iglesia. Ud. sabe que el Sumo Pontífice ha concedido poderes particulares a los obispos en estos tiempos desastrosos para ordenar *extra tempora* y para la bendición de las piedras sagradas, santos óleos y otros permisos de tal clase. Estos breves tienen fecha del mes de mayo, si no me engaño.¹

Ignoro quién es el Prelado de la Asamblea nacional precedente a quien han sido dirigidos, porque están dirigidos a los arzobispos y obispos de Francia, según lo que me ha parecido por una copia vista por casualidad; y desde el mes de mayo, época de su fecha, la mayoría de nuestros obispos no ha recibido comunicación alguna de parte de quien estaba encargado de enviarlos a los arzobispos y obispos. Ud. se dará cuenta de lo funesta que es en estos momentos tal negligencia. ¿Cómo podemos nosotros, los vicarios mayores encargados



de administración de vastas diócesis, como la de Lyon por ejemplo, atender a las necesidades urgentes de nuestras iglesias en estos días calamitosos, si en la ejecución de las órdenes de Su Santidad hay una negligencia tan asombrosa? Algunos obispos y vicarios mayores a quienes se les ha pedido copia de esos breves, porque había molestia de esperar meses enteros a que se les enviara, quedaron sorprendidos de que se les dieran excusas tan poco plausibles sobre el retraso de la notificación de estos documentos, expedidos desde el mes de mayo.

Se me ha dicho que el Papa acababa de enviar también una instrucción a los obispos de Francia sobre la manera de actuar con respecto a los bautizos, matrimonios y sepulturas durante el tiempo del cisma. Hace cerca de diez días que llegó esa instrucción y ningún obispo la ha recibido oficialmente del prelado encargado de enviarla. Aunque alguien del cuerpo episcopal, que pudo leerla no sin dificultad, me ha dicho que tal documento era más o menos parecido al proyecto que habían hecho redactar, según la instrucción pastoral del Señor obispo de Langres, algunos obispos de la última Asamblea nacional.

Como sé —y tampoco Ud. lo ignora— que la mayor parte del clero de segundo orden y varios de nuestros buenos obispos, que no eran miembros de la Asamblea y que estaban en las provincias, o emigraron del reino, se habían rebelado ante el sistema del obispo de Langres, que tenía por base el hacer invocar por los católicos, para su estado civil ante las municipalidades, el beneficio del edicto de los no católicos, temo que se haya hecho creer a Su Santidad que el voto común de los obispos de Francia aprobaba el plan del señor obispo de Langres. Nada es más falso. Sé que muchos obispos no quisieron adoptar el proyecto del señor obispo de Langres, porque tenía por objeto aconsejar a los católicos una diligencia por la cual consentirían en no ser más que tolerados en Francia, idea que indigna a los verdaderos franceses, quienes sostienen que la religión católica es la religión del Estado, desde Clodoveo.

Sobre esto, creo deber observarle, señor presbítero, que



hay lugar para asombrarse aquí de que de los 30 obispos de la Asamblea nacional haya cinco o seis entre otros que se hayan constituido en representaciones de todo el cuerpo episcopal de Francia, sin haber sido autorizados para ello. Entre los 130 obispos del reino, solamente había 30 que formaron la diputación en la Asamblea. Ahora bien, los otros 100 no diputados no dieron a los de la Asamblea ningún poder, ninguna comisión, ni siquiera verbal, para representar a la Iglesia galicana. ¿Cómo sucede, pues, que entre los obispos diputados haya uno que se ha instalado como el intérprete de los sentimientos de todo el cuerpo episcopal de Francia? ¿Cómo es que, aun después de la clausura de la Asamblea, algunos de esos obispos en otro tiempo diputados se hayan constituido en comisión particular para todos los asuntos de la Iglesia que pudieran ocurrir?

El fin sin duda es muy bueno; pero esa comisión no ha sido reconocida por el cuerpo episcopal, que no puede ser representado sin su consentimiento.

Conoce Ud. señor presbítero, a los 6 u 8 prelados que forman tal comisión. No ignora que el que se ha introducido por su autoridad privada en las funciones de jefe de esa comisión pasa con razón por estar imbuido de todos los miasmas de la filosofía nueva. Ese arzobispo, al no poderse ya meter, como antes, en todos los asuntos y rúbricas de la administración temporal, ha querido permanecer siempre activo. Se ha hecho arbotante de un comité donde domina a cuantos lo componen. Cada obra emanada de ese prelado, filósofo intus et in ente* ha hecho gemir secretamente a todos los verdaderos católicos que forman el clero de Francia.

El tono, el estilo, las afirmaciones de la carta escrita por ese arzobispo, en nombre de los prelados de la Asamblea, en respuesta al breve del Papa del 10 de marzo, han provocado altos clamores. Todo el clero de segundo orden, con varios obispos muy unidos a la Santa Sede, quedaron igualmente des-

*En el original en latín: "dentro y en su ser".



contentísimos con las demoras que ese prelado hizo originar para suspender la publicación de los breves del 10 de marzo y 13 de abril.

Fue él quien imaginó la ridícula cláusula inserta en la aceptación del breve del 13 de abril, que los 30 prelados subyugados por la persona de quien os habló tuvieron la debilidad de adoptar, aunque el clamor general del clero ortodoxo fue aceptar pura y simplemente el breve, sin embarcarse en la metafísica del sistema de los abogados, siempre desconfiados de nuestras libertades, como si en este momento, cuando la Iglesia en Francia está en el abismo, se tratara de puntillosidades sobre nuestras libertades, que el prelado aludido ni las ha estudiado en absoluto ni las entiende en manera alguna.

Me atrevo a anunciarle, señor presbítero, que si no está en guardia, el hombre del que le habló jugará el mismo papel que el arzobispo de Sens, quien se ha servido de los asuntos eclesiásticos para llegar a su objetivo y que ha acabado por traicionar y perder a la Iglesia y al Estado. Su Santidad no hará demasiado para mantenerse en guardia contra todo lo que emana de ese hombre que se pliega y repliega como una serpiente. No debe mirar como el sentimiento de todos los obispos de Francia lo que ese prelado da por tal; a menos que esté revestido con la firma de cada obispo en particular.

El Sumo Pontífice debe asimismo precaverse dontra todos los emisarios eclesiásticos enviados a Roma de parte directa o indirecta de ese prelado: *latet anguis in herba* (“se oculta una serpiente entre la hierba”). Tengo fuertes razones para sospechar que esa misión tiene por objeto impedir al Papa servirse de la espada de la excomunión que teme el arzobispo de Sens, quien diestramente se vale del influjo del arzobispo de Aix, con el que ha estado siempre en relaciones si no francas, al menos políticas y siempre de acuerdo con los acontecimientos. Este último, para imponerse mejor, ha enviado a Roma a un eclesiástico de nombre y muy respetable por sus virtudes y su mérito. Este sacerdote recibe un impulso que no sospecha de parte de gente que bajo un exterior de catolicismo, ha tropezado contra todas las censuras que



vienen de Roma y que tienen en esta materia principios cismáticos que fingen no tener.

Pienso, señor presbítero, que hay dos medios para deshacer todos estos manejos urdidos por el filosofismo, que lamentablemente se ha insinuado más o menos en todos los órdenes de la jerarquía: el primero sería que Su Santidad, sin acudir a la comisión formada por el arzobispo de Aix y que no está reconocida por el orden episcopal, tenga a bien dirigir a Ud. todos los breves y todos los documentos que destine a la Iglesia de Francia, encargándole enviarlos directamente a los dieciocho metropolitanos de este reino. Este procedimiento es más sencillo y sujeto a menos inconvenientes, como lo prueba lo sucedido ya con los dos breves del 10 de marzo y 13 de abril, que han experimentado mutilaciones, y con los últimos poderes enviados a los obispos acerca del cisma. Así se evitará exponer los breves del Papa a pasar por el crisol del arzobispo de Aix, alma de la comisión, el cual no podrá ya tergiversarlos mediante las demoras que ha suscitado con el pretexto del tiempo necesario para traducir e imprimir esos breves.

El segundo medio sería que Su Santidad ejecutara el proyecto, o la amenaza, que había anunciado, de excomulgar a los obispos intrusos, sin atender a todo lo que la malevolencia o la política pudiera hacerle representar para apartar a Su Santidad. A los grandes males hay que aplicar remedios extremos. Por otra parte ¿qué regla más segura que la conducta de la Iglesia? No hay una herejía ni un cisma cuyos autores no hayan sido alcanzados por la espada espiritual.

Al menos los obispos de Autún, de Lydda y de Babilonia deben ser excomulgados, como las causas que han abierto la puerta al horrible cisma que nos destroza.

La demora del Santo Padre en tomar el camino de la excomuniación embaraza a varios obispos que antes de llegar el breve del 13 de abril habían amenazado en sus instrucciones pastorales a los usurpadores respectivos de sus sedes, con ejecutar contra ellos las penas conminatorias, o pronunciadas a



jure (por el derecho) contra los cismáticos y los intrusos. Los obispos desposeídos se comprometerían ante los constitucionales si estas amenazas se deshicieran en humo. Esta consideración merece una atención profunda por el honor de la Santa Iglesia.

Sobre todos los extremos que acabo de tener el honor de exponerle, señor presbítero, me refiero a nuestras conferencias particulares, en que le he abierto mi corazón con franqueza, sabiendo lo celoso que es Ud. de la fe católica y la confianza con que Su Santidad y su digno ministro, Su Eminencia el cardenal Zelada le honran, confianza justificada por su actividad y sus excelentes principios. Las observaciones que le hago aquí son casi las mismas que he conversado con el señor nuncio, para darle las informaciones que necesitaba en las circunstancias. Era importante que conociera el carácter de los personajes y los diversos móviles que los impulsaban.

En general, el clero de Francia es muy apegado a la fe y a la Santa Sede, pero desgraciadamente el espíritu del siglo, los sistemas de los innovadores, han puesto en algunas cabezas un pequeño barniz filosófico. En todos los tiempos, casi todos los hombres se han puesto al unísono con las opiniones de su siglo, frecuentemente sin darse cuenta. Además aquí el capricho por nuestras libertades, que los jurisconsultos han exagerado y que nos ha llevado insensiblemente al punto en que estamos, han manchado las ideas de varios de nuestros prelados más respetables, tales como el arzobispo de Arles, que tiene luces, y el obispo de Clermont, que es piadoso, pero del que el arzobispo de Aix se ha servido mañosamente en varias ocasiones. Ud. sabe cuánto mal ha hecho el buen Obispo de Clermont entre los párrocos de provincias, con la fórmula del juramento que había imaginado y cuyos efectos peligrosos llegamos felizmente a detener. Tenía buenas intenciones, pero su piedad poco ilustrada según el sistema moderno no veía por todas partes sino el concurso del poder civil, ese talismán que desde hace cincuenta años ha causado tantos prestigios y tantos males a la religión en Francia.

Confío, señor presbítero, a su suprema discreción todo



lo que le mando aquí; usted hará de ello el uso que le inspire su sabiduría. Le aseguro que todas las reflexiones que le hago aquí solamente me están dictadas por el más puro empeño en el verdadero bien de la Iglesia, a cuyos intereses sacrifico desde hace largos años todo mi tiempo y toda mi vida, sin atender a ninguna consideración humana. También mis sentimientos, en nuestras desdichas, ponen mi consuelo en Dios.

Cuanto a la obra que los obispos constitucionales acaban de publicar, para contrarrestar la Exposición de principios dada por los obispos legítimos, estoy persuadido de que el Santo Padre no dudará en fulminar ese cuerpo de doctrina de los intrusos que han tenido la audacia de unir a su producción heterodoxa titulada: **Acuerdo de los verdaderos principios**, una **Carta al Papa**, llena de hipocresía y de audaces imputaciones contra los verdaderos obispos. Esta carta merecería igualmente una vigorosa condenación. Su Santidad no se dignará seguramente de responder directamente a los cismáticos que le han dirigido la obra y la carta por el canal, según se dice, del señor de Montmorin. Será digno de la cabeza de la Iglesia no contestar a esos intrusos, que al fin hacen personalmente su profesión de fe, sino con un breve dirigido a los arzobispos y obispos de Francia. Lamourette, intruso de Lyon (ex Lazarista despedido de su congregación), ha tenido la insolencia de decir en la pretendida Instrucción pastoral del 16 de julio de este año que el Papa es hereje, y que su juicio contra la constitución del clero favorece todas las empresas de la impiedad (p. 69 de la Instrucción de Lamourette). Esta blasfemia contra el Vicario de Jesucristo causa horror. ¿Cómo demorar el cortar del cuerpo de la Iglesia a esos malvados intrusos?

Reciba las seguridades del respetuoso afecto con el que tengo el honor de ser, señor presbítero, Su muy humilde y obediente servidor,

El presbítero Bonnaud,
vicario general de Lyon,



**Preboste de la Iglesia metropolitana de Embrun.
París 24 de octubre de 1791.**

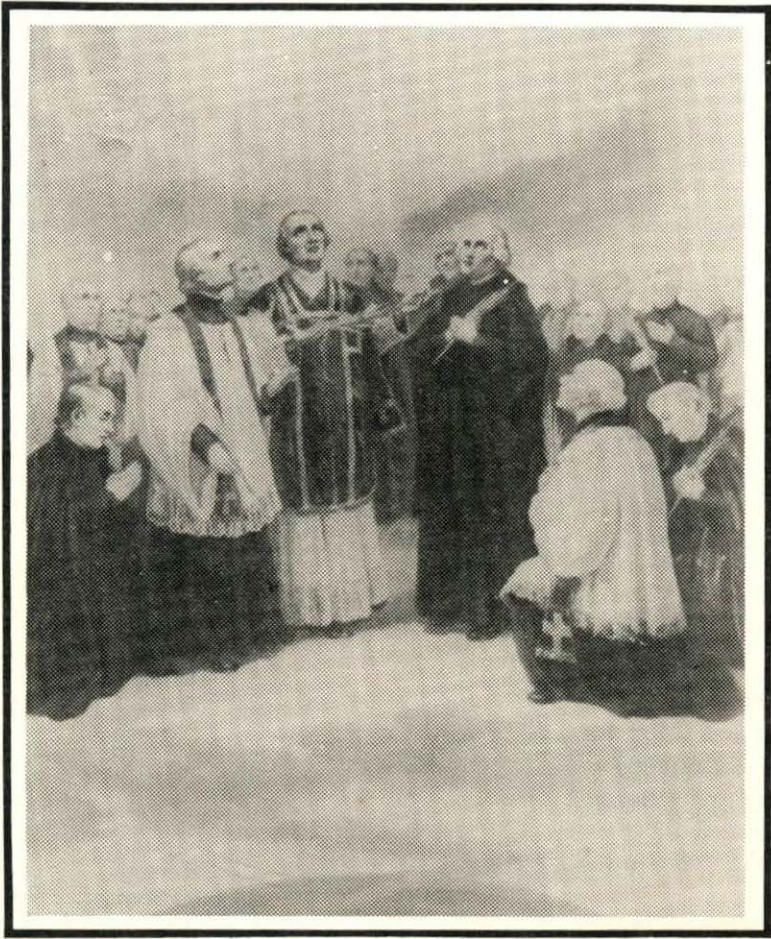


Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

P.S.- Le confío, monseñor, las reflexiones contenidas en esta breve carta bajo el sello del secreto y de la amistad.

NOTA

1. Mayo 4 de 1791





Jacques Bonnaud y sus
compañeros mártires de París.



Terminó
de imprimirse en los
Talleres de la
Imprenta Amigo
del Hogar, en
diciembre de 1878

Con licencia eclesiástica.



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



PRECIO
\$ 2.75

PLAN DE
1 L'Église
2 Église des R...
3 Terrain du p...
4 Place d'Ar...
5 la grande